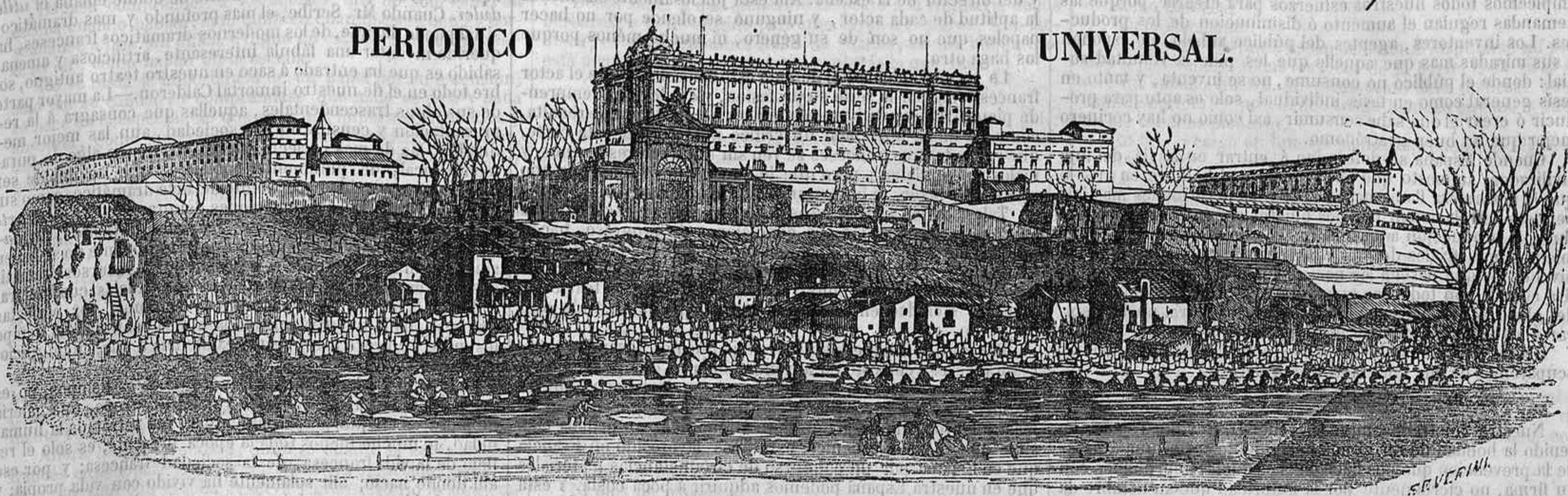


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 4.º—SÁBADO 24 DE ENERO DE 1852.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y extranjero: Año 80.

ESPAÑA EN LA ESPOSICION.

ARTICULO III.

Se encuentra en Plinio una larga descripción de las minas españolas, y principalmente de las de plata, lo cual prueba que, en tiempo de la dominación de los romanos existían ya en España explotaciones metalúrgicas de grande importancia. Después de Plinio se ocuparon también otros escritores del célebre imperio de la misma cuestión; y de sus profundas observaciones resulta que casi toda la plata, plomo y cobre de que hacía uso la sociedad romana, procedía de las minas de nuestra Península. Por lo demás, las enormes pilas de despumaciones vitrificadas, conocidas entre nosotros con el nombre de *escoria romana*, atestiguan la veracidad de aquel aserto, y solo la industria moderna puede acusar altamente de impericia á los procedimientos antiguos, porque los residuos que acabamos de citar contienen todavía bastante metal para pagar los trabajos que exige su extracción. Imitadores serviles del genio político de los conquistadores, bajo cuyo dominio alentaban, los químicos de la antigüedad, ilustrados con la gloria estraida del envilecimiento de mil pueblos, tenían necesidad de poner en fusión masas inmensas de mineral para obtener algunas onzas de materia preciosa: en nuestros días la gloria y el metal se adquieren con menores sacrificios.

El hierro, metal poco conocido de los antiguos, ha merecido en nuestros días la preferencia de la epuración, y en verdad puede asegurarse que no hay en Europa un país tan rico como la España en elementos ferruginosos.

Posee en efecto nuestra nación treinta minas de hierro, que pudiendo llegar á convertirse en una inmensa renta, solo producen, como dijimos al finalizar nuestro anterior artículo, 650,000 quintales, que representan un valor de cuarenta millones de reales. Si exceptuamos el hierro que se estrae de las minas inmediatas á los puertos de mar, todo el que se elabora en las diversas herrerías españolas se consume en el país, que hace de él un uso muy pequeño en comparación de las demás naciones del Norte de Europa. De aquí se sigue que los pedidos disminuyen con bastante frecuencia, y que muchos hornos no trabajan durante años enteros, circunstancias que detienen y aun paralizan la explotación.

El medio infalible de acelerar los trabajos mineros en la Península, consiste en decuplar por un lado el consumo interior, y por otro en proporcionar al metal la ventaja de un precio reducido para la esportación: este doble beneficio puede conseguirse con la construcción de caminos de hierro, esto es, aplicando el hierro al servicio del hierro; nuestro comercio se ha convencido afortunadamente de las grandes ventajas que ha de proporcionar á la industria el establecimiento de vías de comunicación rápida; y las líneas que

en diferentes puntos se proyectan, algunas de las cuales se han principiado ya, prueban evidentemente la necesidad que tiene nuestra patria de estos poderosos auxiliares para la gran esposicion y circulación de sus riquezas. De este modo podrá el país familiarizarse mas con la industria minera, y llevará con mayor facilidad los productos de esta á los mercados extranjeros, supuesto que la calidad de sus metales puede competir con la de los mas preciosos del mundo.

Los hierros de Vizcaya son sumamente estimados en

todas partes, y su fama se ha extendido hace ya muchos años entre los inteligentes de todas las naciones. ¿Y no ha sido falta notable que no hayan figurado en la Esposicion de Londres? Porque no podemos aceptar como muestras las dos piezas de artillería fundidas en Oñate por los carlistas, pues estos objetos merecen ciertamente fijar la atención como pruebas del arte de fundir en España, pero no pueden servir para apreciar en justicia la superioridad del metal. Tampoco se han presentado en el Palacio de Cristal hierros de Castilla, de Cataluña, ni de otras provincias. Leon, Asturias, Salamanca, Málaga, Almería y Sevilla han correspondido con mas exactitud al llamamiento hecho á la industria universal. La serie de los hierros de Leon, explotados por la compañía *Leonesa*, ofrece gran variedad de minerales, en que el hierro se halla en diversos estados de oxidación y de carbonato: los de Asturias son de la misma clase y se componen de óxidos, peróxidos ó hidróxidos, pero esta última serie presenta un hierro que no se encuentra en la primera. La fundición se practica en grandes hornos á la inglesa, es decir, en esos aparatos colosales que hacen obtener cantidades metálicas de una consideración extraordinaria. En cuanto á la refinadura ó purificación, se opera por medio del carbon de leña que, aunque abunda mucho en todas las provincias, no puede suplir al combustible mineral que se emplea con preferencia en otros países. También van entrando nuestras herrerías en esta mejora, con la cual no podrán menos de obtener grandes ventajas.

Las minas de la provincia de Salamanca son riquísimas en mineral de hierro hidroxidado y en carbonato, pues se calcula que dan un 40 por ciento: las series de Andalucía, y particularmente las minas de hierro magnético de Marbella, producen un 60: no lejos de estas y en la misma provincia de Málaga se encuentra como un acompañamiento geológico de los hierros magnéticos, carburo ferruginoso, lápiz-plomo, ó molibdena, que comunmente llamamos mina de plomo.

En la provincia de Almería hay una mina de otra especie, formada de hierro con hidróxido: el hierro verdadero que produce es escesivamente maleable.

Todos estos minerales y otros muchísimos, cuya enumeración sería larga y pesada para un artículo, se funden en herrerías llamadas catalanas, con pocas escepciones: es decir, que se sigue aun el antiguo sistema de hornos pequeños, método de proceder que requiere el auxilio de cinco ó seis hombres para cada horno, y produce menos cantidad de hierro que la que deben prometerse los capitales empleados en una industria tan importante. La sociedad *Palentina-Leonesa*, y la de *Pedroso de Sevilla*, poseen grandes hornos; pero debemos añadir que por modestos que sean los de las demás sociedades mineras, bastan para dar abasto al consumo interior.

La producción se desarrolla en un país con arreglo al aumento que tienen las salidas, ó sea en proporción del consumo; de modo que producir



J. A. SVIS

Copa de malaquita.

ECOSSE. SC.

es, contra la opinion generalmente admitida, una cuestion secundaria: la primera y principal es la del consumo, porque, industrialmente hablando, el deseo de una cosa hace que empleemos todos nuestros esfuerzos para crearla, porque las demandas regulan el aumento ó disminucion de los productos. Los inventores, agentes del público anhelo, no esponen á sus miradas mas que aquello que les pide la voluntad social: donde el público no consume, no se inventa, y tanto en tesis general como en tesis individual, solo es apto para producir ó crear el que sabe consumir, así como no hay cocinero mejor que un buen gastrónomo.

Quando España se determine á entrar en la via del lujo civilizador, supuesto que hoy convierte el hombre en arte lo que la naturaleza llama necesidad, y las necesidades mas imperiosas se relacionan con los objetos al parecer mas superfluos, la produccion adquirirá nuevos bríos en los establecimientos industriales de sus provincias; y montados estos al nivel de los que poseen las naciones mas adelantadas, competirán aquella con todas las que se presentan en los mercados del globo, y entonces se verá que nuestra patria puede aspirar á los primeros puestos de la industria universal.

Hemos hablado del hierro peninsular. En otro artículo nos ocuparemos de sus minerales argentíferos.

Nuestro ilustrado amigo el señor D. Gavino Tejado, ha tenido la bondad de dirigirme la siguiente carta, que á pesar de la prevencion que nos hace en la postdata, imprimimos con su firma, no ciertamente por la autoridad que su nombre da desde luego á un artículo de crítica, sino porque creemos no deber ocultar á nuestros lectores quién es el autor de un escrito, que en el fondo y hasta en la forma se diferencia tanto de la mayor parte de los juicios que hoy aparecen en los periódicos, y que tan oportunas y acertadas apreciaciones contiene acerca de una importante cuestion literaria y artística, que hoy añade á su interés ordinario el de la actualidad. Conformes con el espíritu que ha guiado al señor Tejado en la redaccion de su notable carta, solo nos resta llamar hacia ella la atencion de nuestros lectores.

AL DIRECTOR DE LA ILUSTRACION.

Mi estimado amigo: Con la presente me propongo cumplir la promesa que he hecho á usted de decirle de buena fé y sin rodeos cuanto pienso acerca de la reciente instalacion del teatro francés en nuestra España.—No trataré la cuestion previa de si es ó no conveniente esta instalacion, porque en cierto modo era ya un hecho consumado desde que la pereza y escasez de nuestros autores dramáticos dejaban abastecer casi esclusivamente con producciones francesas la escena española.—Por consiguiente, ya que teatro francés teníamos representado en español y por actores españoles, tanto monta que lo tengamos representado en francés y por actores franceses. Esto, sin contar con el hecho positivo de haber tomado ya posesion del *Corral de la Cruz* una compañía francesa, y con el otro hecho no menos positivo de haber sido favorablemente acogida por el público madrileño. Ocurrerá además, que apenas hay corte de Europa donde no exista compañía de declamacion francesa; y aunque esta no sea una razon para que necesariamente tambien la haya en Madrid, condesciendo de buena gana en tenerla por suficiente, siquiera por no singularizarme con la opinion contraria, que pasaria quizás por extravagante.

Entro pues en materia, y afirmo desde luego que en general el pueblo francés, menos grave, mas bullicioso, mas voluble y menos creyente que el pueblo español, es mas apto que este para representar la *comedia*; pero séame permitido dudar que nos lleven los franceses igual ventaja innata para la representacion del *drama* y de la *tragedia*.—Con espíritu menos profundo, con idioma menos poético que los españoles, creo firmemente que jamás los actores franceses representarán las pasiones grandes y verdaderamente poéticas, con formas tan bellas y perfectas como pueden hacerlo los españoles.—Y cuando digo como pueden hacerlo, ya comprende usted que no quiero decir como lo hacen, por la sencillísima razon de que nuestros actores no hacen, ni con mucho, lo que son capaces de hacer.

Confieso que el arte escénico, considerado de una manera absoluta, está mucho mas adelantado en Francia que entre nosotros. Y este es un hecho que explica suficientemente la ciencia económica: la concurrencia de productores, es decir, de actores y de teatros, ha mejorado, como siempre sucede, las condiciones de la produccion. El público francés, por circunstancias especiales de aquel pueblo, es mas aficionado al teatro que el público español: la produccion ha tenido por consiguiente que crecer y perfeccionarse en razon al progreso del consumo.

En el teatro francés son una exigencia indispensable, una condicion esencial multitud de formas que aquí solo se nos dan de cuando en cuando, y como por via de gracia. Por ejemplo, en nuestros teatros es un verdadero acontecimiento una representacion desempeñada con buen conjunto (*ensemble*), y en los teatros franceses es esta una condicion tan esencial como el hablar los actores, y como el tener alumbrada la escena.—En el teatro francés podrá ser malo el conjunto, si los actores son malos, ó si la direccion de escena es mala; pero de seguro hay conjunto. Allí no se consiente que un actor mire á las musarañas y se desentienda de la escena mientras su interlocutor le dirige la palabra: allí no se desdeña el mas insignificante pormenor del espectáculo, y jamás se sacrifica al lucimiento esclusivo de una escena la debida ejecucion de las demás escenas; ó al lucimiento esclusivo de un actor, la debida presentacion de los demás actores. Allí no se ven los actores perpetuamente apiñados como un cuadro de animas en un solo lado del palco escénico, ó formando un tenaz semicírculo sobre la concha del apuntador. Allí no toleraria el último de los actores que el absurdo coadjutor titulado *traspunte* le empujara hacia la escena, y le enseñase cuándo tiene obligacion de salir á ella oportunamente. Allí no se concibe que pueda ensayarse una representacion mal y de mala manera, recitando ó rezando apenas cada actor su papel, confiando en que *saldrá bien la noche de la funcion*. Allí está rigurosamente observada la ley de las

categorías, segun la cual todo actor, cualquiera que sea su importancia y su mérito, oye dócil y concienzudamente las amonestaciones y consejos del autor del drama que representa, y del director de la escena. Allí está juiciosamente clasificada la aptitud de cada actor, y ninguno se ofende por no hacer papeles que no son de su género, ni mucho menos porque los haga otro.

La razon fundamental de todo esto consiste en que el actor francés toma por lo serio su profesion, y desde que la emprende piensa real y positivamente en ser actor; de donde resulta, como ha dicho muy bien un crítico ilustrado de esta corte, que en los teatros franceses se ven sin duda actores buenos, y malos, y medianos; pero que lo que no se ve nunca es uno que no sea actor, ni bueno, ni malo, ni mediano.

Tales son las varias causas que, dando al arte escénico toda su importancia y todas sus condiciones de progreso, hacen que se encuentre el *ensemble* en toda representacion del teatro francés. Débense agregar algunas otras circunstancias locales, como la mejor construcción material de los teatros, y la mayor facilidad en decorar la escena sin grande trabajo ni dispendio.

Por aquí se ve que toda la ventaja que nos llevan los actores franceses, consiste en aprender bien lo que puede enseñarse, y en poseer con facilidad lo que materialmente puede adquirirse. Gracias á Dios, esto no prueba que tengan ni mas talento, ni mejor instinto dramático; no prueba mas sino que el arte escénico está mas favorecido en Francia que en España por un concurso de circunstancias materiales que en nuestra España podemos adquirir á poca costa. Y esta no se tenga por una aseveracion gratuita, que me arranque, á despecho de mi conciencia, el amor propio nacional: pues para comprobármela están á la vista de todos los apreciables esfuerzos individuales que hemos aplaudido en algunos de nuestros actores, y el fruto casi maravilloso que de estos esfuerzos han sacado. Entiendo que en igualdad de circunstancias, el actor español en nada ha de ceder al francés en perspicacia para comprender, en instinto para adivinar, y en ductilidad para amoldarse á la forma que le imprima una direccion acertada.

Las diferencias esenciales, y como esenciales, perpetuas, que habrá siempre entre actores españoles y franceses, han de consistir principalmente en la diversa índole de las obras dramáticas que deben respectivamente interpretar.—Entre nosotros, en quienes la dignidad personal constituye, por decirlo así, la masa y el juego de nuestro carácter, es probable (y por ello me felicito cordialmente) que nunca nuestros actores sobresalgan en el bastardo género de la caricatura, al cual son muy dados nuestros vecinos. El español no puede abdicar, por decirlo así, su personalidad hasta el punto que lo consigue la movilidad del carácter francés. Por ejemplo, si se intentara españolizar el *vaudeville* con todos sus accidentes propios, casi me atrevo á apostar que uno de los mayores inconvenientes con que habia de tropezarse, seria el de hallar muy pocos actores que se decidieran á cantar tan mal como generalmente lo hacen los *vaudevillistas* franceses.—Y creo tambien que educados nuestros actores de modo que alcanzaran toda la cultura de aquellos, quedaria eternamente en el carácter español una invencible repugnancia á emplear continuamente su tiempo y su trabajo en las sandeces y frivolidades dramáticas que con tan seria solicitud estudian y representan los actores franceses.—Encargue usted al actor español el papel mas odioso ó mas ridículo: hágale usted representar un bandido desalmado, un rudo campesino, un repugnante avaro ó un pedanton insufrible: todos estos caracteres los estudiará y los interpretará concienzudamente; pero no mande usted hacer del *polichinela* á un actor español que se estime, porque nadie en el mundo le persuadirá á que tiene obligacion de estudiarlo y representarlo concienzudamente.

De este paralelo deducirá usted un axioma que yo creo fundamental para establecer la reforma del arte escénico entre nosotros, á saber: «Tenga constantemente nuestra literatura dramática verdad, dignidad y poesía, y habrá mucho adelantado para que nuestros actores la interpreten cumplidamente; pero trátese de introducir en nuestro teatro el prosaísmo, la caricatura, y todo cuanto tiene de convencional cierto género de literatura dramática francesa, y jamás tendremos actores.»

En una palabra: nosotros gozamos la fortuna de estar condenados á no tener actores buenos, sino á condicion de tener buenos escritores y buenas obras dramáticas; mientras que la ductilidad francesa hace posible tener buenos actores para representar las lastimosas extravagancias de escritores aun mas lastimosos.—Esta importante y felicísima diferencia puede libertarnos de un peligro que ya nos amenaza, y que en Francia es un mal consumado, consistente en que, á favor de la habilidad de los actores, pasan en la escena y aplauden el público los engendros dramáticos mas absurdos y despreciables.

A esto se me contestará que semejante mal es insignificante, comparado al opuesto bien que la perfeccion del arte escénico ha producido en Francia, donde es indudable el progreso que en el presente siglo ha alcanzado la literatura dramática.—Pero examínese bien la índole de este progreso, y se verá que acaso *el leon no es tan bravo como le pintan*. Por via de digresion, diré brevemente lo que creo en este punto.

La moderna literatura dramática francesa, que por desgracia ha servido, mas que era justo y conveniente, de tipo y modelo á nuestros dramaturgos contemporáneos, no me parece notable por su originalidad ni por su poesía fosfórica: llamada de una regeneracion literaria mas facticia que real y menos sólida que aparente, ha recorrido en poco mas de veinte años el período completo de su apogeo, su decadencia y su muerte.—El teatro español, el alemán y el de Shakespeare la han inspirado la vitalidad y belleza que tiene: en el moderno drama francés hay poco bueno que sea francés puro; en lo que tiene de verdaderamente nacional, se ha visto condenado á tomar sus tipos y caracteres de una sociedad que todo es menos poética, que todo es menos grave y profunda; y no ha acertado mas que á aterrarnos con el espectáculo repugnante de crímenes y vicios que constituyen el ordinario asunto de sus *dramas de pasion* y de sus *melodramas*; ó nos ha inundado con la insustancial marea de sus *vaudevilles*, que son sin duda cosa muy divertida, muy ingeniosa (*tres spirituelle*); pero que no son un pasto muy á propósito

para mantener el buen gusto en el público ni en los autores.

La verdad del teatro puramente francés de alguna importancia, es una verdad tan descarnada y aflictiva, que no es aquella verdad poética, única fuente de donde emana el *utile dulci*. Cuando Mr. Scribe, el mas profundo y mas dramático, si así puede decirse, de los modernos dramáticos franceses, ha querido inventar una fábula interesante, artificiosa y amena, sabido es que ha entrado á saco en nuestro teatro antiguo, sobre todo en el de nuestro inmortal Calderon.—La mayor parte de sus obras trascendentales, aquellas que consagra á la representacion y censura de su sociedad, aun las mejor meditadas, las de mas perfecta estructura, tienen algo de puramente local, de puramente coetáneo, que las impide ser modelo eterno y tipo permanente del arte dramático, como sucede á las inmortales producciones del gran Molière.—*El arte de conspirar*, *El vaso de agua*, *Los independientes*, *La cadena*, *La Farsa*, dramas todos que seguramente no se hacen sin un gran talento y mucha posesion de los recursos dramáticos, son en cierto modo obras de circunstancias, cuadros trazados en la arena, de cuyas líneas y sombras, por perfectas que sean, nada quedará cuando la huella continua del tiempo les quite en breve la brevísima existencia á que, en mi juicio, están condenadas.

El teatro verdaderamente francés de estos tiempos, no es como el del autor del *Tartuffe* y del *Misántropo*, una galería de pinturas que perpetuamente se vea retratada la humanidad, ni mucho menos toda la época presente; es solo el reflejo de la vida francesa, de la sociedad francesa; y por eso allí donde nació, allí solamente ha vivido con vida propia; y allí probablemente morirá, sin que en pos de sí deje nada que aprender ni que imitar al mundo literario, ni aun á la Francia misma.

En cuanto á las obras que allí ha producido el período de transitoria y facticia exaltacion del *romanticismo*, juzgadas están ya.—Pasaron con la fiebre que les dió vida, y hélas ahí que yacen empolvadas y casi destruidas por el moho en los archivos de una historia que nadie ya cuenta ni recuerda para nada.

Tal es en pocas palabras mi opinion sobre el teatro francés contemporáneo; opinion que si bien no termina en suponerle inferior á nuestra moderna literatura dramática, se funda por lo menos en la pena y el disgusto que me causa ver á nuestro público y aun á nuestros escritores estarse ante las producciones francesas, y considerándolas como el prototipo del arte, tomarlas por único modelo de sus trabajos y última meta de sus aspiraciones.—No, y mil veces no; no es el teatro francés donde los españoles debemos buscar el tipo de la belleza y perfeccion dramáticas, por mas que nos convenga conocer y aun estudiar sus obras para tomar de ellas lo que el arte tiene de *oficio*, cosa bastante bien cultivada en la nacion vecina. Nuestro modelo, nuestro tipo natural y lógico es nuestro antiguo teatro; allí está la gloriosa exaltacion de nuestra verdadera literatura, allí constan los elementos constitutivos de nuestra sociedad, allí está el monumento de nuestra poesia nacional, espontánea, propia: allí está la norma eterna de nuestro lenguaje poético. Y la prueba mas clara de que todo esto se encuentra allí, es la viveza con que se ha despertado constantemente en nuestro público el sentimiento poético nacional, cada vez que nuestros escritores, reproduciendo juiciosamente las formas consagradas en nuestro antiguo teatro, han hecho resonar el eco de aquella voz poderosa que en labios de Lope, Calderon, Tirso, Rojas, Alarcon y Moreto, recorrió en un tiempo el mundo civilizado cantando sus propios triunfos.

Pues bien: de la diversa índole del teatro francés y español nacen las diferencias esenciales que ha de haber en el modo de representarlo: y el fijar bien estas diferencias es cosa muy importante, si queremos evitar que una imitacion imprudente y ciega de la declamacion francesa nos lleve á lo ridículo y á lo absurdo, como ya ha sucedido en mas de un caso y con mas de un actor español, sin que yo necesite citar en comprobacion de este aserto épocas ni personas.

De la declamacion francesa debemos tomar el amor al arte que la nutre, vivifica y perfecciona incesantemente; debemos tomar el aprecio constante y concienzudo cultivo que por lo general prestan á su profesion los actores franceses; debemos clasificar con el acierto que ellos, la especial aptitud de cada uno, y tender á organizar las compañías de modo que cada actor cultive el género ó géneros que se adapten á su capacidad, así como seria tambien conveniente que en cada teatro se fuera tendiendo de una manera progresiva á cultivar determinados géneros.—La division del trabajo es la que hace obreros y obras perfectas: nada nuevo pido, sino la simple aplicacion de un axioma de economía política, que es á la vez un axioma del sentido comun.

Hecha la clasificacion conveniente de géneros y de aptitudes; y supuesto ya que cada uno de los actores sirve real y positivamente para interpretar el género á que se dedique, procérese comprender y no olvidar otro axioma tambien de sentido comun: que nada valen los pies y las manos sin cabeza que les dé movimiento, y por consiguiente que la buena direccion de escena es el primer requisito para que haya unidad en las representaciones.

Sepa cada actor no solo la parte que le toca desempeñar en la representacion de una obra, sino conozca tambien perfectamente la obra toda, si ha de conocer la relacion que su parte tiene con el todo.

No se haga jamás una representacion sin que ensayos suficientes y bien dirigidos hayan puesto á los actores en plena posesion de su papel, identificándolos, por decirlo así, con el personaje que representan.

No tengan los actores la vista y el oido pegados á la concha del apuntador, y bien seguro es que entonces se moverán con libertad, hablarán con desembarazo, y ocupará cada uno en la escena el sitio, y usará el tono que á la situacion y á su carácter convengan.

Suprimanse los traspuntes, para que sepa cada actor que tiene obligacion de atender constantemente al curso del espectáculo, y pueda elegir sin aviso de nadie el momento oportuno de presentarse en la escena.

Cuidese de vestir y decorar con escrupulosa propiedad la representacion de cada obra, de modo que la idea y la forma del lenguaje de un actor vayan conformes con su actitud y su traje; no suceda que el Cid se sienta en sillas de Vitoria,

ó Felipe IV al mirar los retratos que decoran su cámara, se vea obligado á contar entre sus ascendientes á Carlos II ó al conde de Floridablanca.

Hágase comprender á los actores, que no solo están en escena cuando hablan, sino tambien cuando escuchan; y persuádanse á que tan difícil y digno de estudio por consiguiente es oír, como hablar en la escena.

No se mida la importancia de un papel por su estension, sino por su calidad, y compréndase que nada se dice y nada se hace en el espectáculo que no tenga importancia idéntica y absoluta, como quiera que todo cuanto se hace y se dice, tiene por objeto mantener en el auditorio una ilusion fugaz y quebradiza.

Estas son las condiciones esenciales de toda representacion dramática, y justamente su fiel observancia es lo que constituye ese *ensemble* tan envidiado en el teatro francés.— Véase si es cosa fácil el conseguirlo: todo ello depende de aplicar reglas que no necesitan, para ser bien y constantemente aplicadas, ni de genio, ni de grande estudio, ni de un trabajo que mate.

Las condiciones individuales de cada actor harán que el conjunto, una vez conseguido con la recta aplicacion de estas sencillísimas reglas, sea no solo un conjunto, sino conjunto bueno, si en lo que tienen de puramente individual las cualidades y esfuerzos de cada actor, se ha consultado debidamente su aptitud, y si se ha estudiado con esmero.

Ahora bien: apréndase, imítese cuanto el arte escénico francés enseña para obtener el *ensemble* apetecido; pero no se imite sino con mucha reserva y gran criterio lo que con duzca á perfeccionar el propio arte en lo relativo al progreso individual de los actores.

Téngase en cuenta primero la índole del teatro francés, que es tan distinto del español, cuanto lo es su sociedad de la nuestra.

Téngase en cuenta la índole de su lengua, que exige en sus actores distintas inflexiones de voz, distintos ademanes, distinta gesticulacion de las que convienen á la lengua española.—Es preciso buscar, no identidades sino analogías: de no hacerlo así, se incurrirá en un insostenible amaneramiento, mucho peor que los defectos que hoy existen.

Solo con estas condiciones será una cosa útil para nosotros la instalacion del teatro francés en nuestra corte.—Pero aún se necesitan otras con fines mas trascendentales, que voy á apuntar brevísimamente, porque no han menester una enunciaci6n muy detenida.

No hemos considerado la instalacion del teatro francés sino bajo el aspecto de su conveniencia artística: es necesario mirarlo ahora desde mas alto punto.—Sin ser un lince, puede adivinarse que el *vaudeville* ha de hacer la mayor parte del gasto en el teatro francés que haya en Madrid: difícilmente tendremos aquí compañías francesas que representen obras de importancia, y hay que prevenir mucho y con tiempo el gusto y la conciencia de nuestro público para que no se habitúe á la representacion cotidiana de espectáculos, en que frecuentemente la decencia y el sentido comun suelen salir mal librados.—Supongo que la censura teatral no perderá de vista esta importantísima consideracion.

Es preciso tambien hacer entender á las compañías francesas que vengan á Madrid, que desde el punto de entrar en España á ejercer su profesion, están en el deber de atenerse á las *convenances* propias y especiales de nuestro suelo, aunque para cumplir este deber tengan que renunciar á algun detalle propio de sus hábitos y costumbres.—Yo no quisiera ver *cancanes* bailados en la escena española, aunque sean franceses y muy buenos *cancanistas* los que la ocupen.—Yo no quisiera que nuestras hijas y nuestras esposas se acostumbraran á tener por cosa indiferente el continuo *besuqueo* que parece formar parte integrante de la declamacion francesa, y que yo no considero necesario para maldita de Dios la cosa.

Bien sé yo que en Francia no escandaliza á nadie ver el *cancan* en el teatro y oír el crujido de besos; ¿cómo ha de escandalizar en el teatro un hecho inocente y cotidiano de la sociedad?—Pero es el caso que lo que en una sociedad es inocente y cotidiano, chocha y repugna en otra; y no veo la razon de que ninguna sociedad tolere lo que la repugna y la chocha.

Inocente y cotidiano es en España el baile vivo y verdecito de nuestras boleras; y sin embargo, en la Francia republicana, en el París de los placeres y de la *despreocupacion*, ha habido un prefecto que ha tenido por conveniente moderar los trasportes y el entusiasmo coreográfico de las bailarinas españolas.—En Inglaterra, donde tambien hay *besos* en el teatro, no ha sido precisa orden ninguna de la autoridad; el público mismo ha desertado del espectáculo, cuando ha visto los zarandeos de nuestras *Terpsícores* andaluzas.

Han hecho perfectísimamente el prefecto de París y el público de Londres: pero justamente por las mismas, mismísimas razones que aquellos han hecho bien, harian perfectísimamente el gobernador civil, y mas perfectísimamente el público de esta corte en exigir que se supriman como innecesarios al complemento de la declamacion francesa los besos, los *cancanes* y demás *fruta de su especie*.

Aquí concluyo, amigo mio: creo no haber dicho todo cuanto pienso, aunque temo haber dicho mas de lo que debiera.—Usted me responderá lo que le parezca de mis opiniones y consejos, mandando entre tanto cuanto guste á su afectísimo servidor y amigo Q. B. S. M.

GAVINO TEJADO.

P. D. Hágame usted el favor de borrar la firma, porque no tengo gana de andar en lenguas; y la publicacion de mi oscuro nombre no ha de poner ni quitar cosa alguna al valor que tengan mis insignificantes, si bien leales y meditadas opiniones.—De usted *ut supra*.

LA CHINA EN LA ESPOSICION.

I.

El mandarín Hing-see llamó un dia á Kiu-fao-lit-sa, y le habló de este modo:

—He llegado á entender que los pueblos de Occidente han

formado el proyecto de reunir en una sola ciudad, menor que un arrabal de Pekin, todos los productos de su industria, para compararlos entre sí.

Deseo saber á qué atenerme respecto á la industria de los bárbaros, y te he elegido para que vayas á Londres, Kiu-fao-lit-sa, es decir, hombre hábil de manos, en un buque que está aparejado. Véte pues y me contarás lo que veas.

II.

Kiu-fao-lit-sa era uno de los primeros sabios de su país: volvió á su casa, hizo sus preparativos de viaje, y se embarcó para Londres, diciendo:

—Ya conozco la impotencia de los bárbaros, que van á esponer sus objetos en la capital de la Gran Bretaña: nosotros hemos inventado cinco ó seis mil años antes que ellos:

- 1.º La imprenta.
- 2.º La pólvora.
- 3.º La brújula.
- 4.º La pintura al óleo.
- 5.º Los pozos artesianos.
- 6.º Los caminos de hierro.

Nuestros abuelos vestían de seda y lana, cuando los europeos cubrían sus carnes con pieles de corderos. ¿Y adónde voy? A un país donde las mugeres tienen piés tan grandes como los de los hombres:

Donde los hombres beben un licor espeso y nauseabundo, que llaman cerveza;

- Donde no hay nidios de golondrinas;
- Ni ojos de papagayos;
- Ni orugas fritas;
- Ni tortillas de perro.

El sabio lanzó un suspiro, y provisto de una pacotilla de biombos, abanicos y faroles, se hizo, como hemos dicho, á la vela.

III.

Fué recibido en Londres como merecia su incontestable mérito: los comisarios de la Esposicion le abrumaron á cumplimientos, porque se habia dignado ir desde tan lejos á mezclar sus faroles en la gran fiesta universal (palabras del *speech*, reproducidas por los periódicos ingleses), y le concedieron un sitio preferente en el Palacio de Cristal para la colocacion de sus biombos.

Pero el sabio chino no se dejó seducir, y rehusó los ofrecimientos de los comisarios, prestando que no era digno de figurar entre las lumbreras de la inteligencia humana de todos los países.

Escuso increíble de modestia, porque ninguno de los grandes artistas de la Esposicion podia vanagloriarse, como él, de haber comentado á Confucio.

Kiu-fao-lit-sa se limitó á la comision que llevaba; observó la Esposicion en todos sus pormenores, y consignó sus reflexiones en notas, que sirvieron para redactar el siguiente documento, publicado en el *Mensajero de Pekin*, y cuya traduccion debemos á un curioso viajero.

IV.

Fragments del informe de Kiu-fao-lit-sa, primer biombero, abaniquero y farolero del imperio del Medio, presentados al mandarín Hing-She, esto es, al hombre ingenioso, prefecto de artes y oficios, sobre la esposicion de los bárbaros en Londres.

NOTA DEL VIAJERO. Señor director de la ILUSTRACION: Para el número siguiente enviaré á usted el curiosísimo documento del célebre Kiu-fao-lit-sa, que ha sabido apreciar ingeniosamente el mérito de las obras maestras de la Esposicion universal.

Diario aéreo de un caballo.

En otro tiempo tenían alas los corceles: hoy tendria Astolfo que viajar en globo, si pretendiese encontrar su razon en la luna. Esto se llama progreso.

Hace ya una hora que estamos en camino; me equivoco, en aire. Mi ginete me va apurando la paciencia... Estoy por hacerle saltar de la silla...

Se me figura que pasamos por encima de Monserrat. Desde aquí se ve el Aragon... mas lejos, el mar. ¡Qué bruma tan espesa!

Creia ser el primer caballo aeronauta, pero he leído que ha habido otro: el pícaro llegó á tocar con sus orejas al sol. Mi ginete arroja lastres y vamos subiendo... subiendo... subiendo... Ya no veo la tierra, y voy á pensar un poco en mi vida pasada. Vamos á cuentas.

He sido caballo de regalo.

Idem idem de tiro.

Idem idem de verdulero.

Ahora soy caballo de globo. ¿Cual de estos acomodados vale mas?

El caballo de regalo solo es dichoso un instante.

El de tiro se parece á los viejos y viejas, que se resignan con su suerte.

El de verdulero agacha las orejas como un calavera hastiado de placeres.

Mi actual profesion es muy nueva para que pueda juzgarla. Veremos, veremos.

Hé ahí una inmensa nube que vamos á atravesar. ¡Quiera el cielo que no gane yo una fluxion de pecho con la humedad y estas bromitas!

¡Mi ginete tiembla y descendemos un poco: una grulla se me acerca y me mira con ojos airados. Sin duda es la primera vez que este interesante animal ve volar á un caballo: la grulla es ave instruida y tengo deseos de hablar con ella.

¡Hola! descendemos mas: esto consiste en que tenemos hambre: he ahí una casita. ¡Cuántos hombres! Son labriegos. ¡Demonio! Se preparan á recibirnos á balazos. ¡Cuando digo que un globo es todavia para muchos una invencion de Lucifer! Si esos nos cogen, van á quemarnos por brujos.

¡Ah! Esto ya es otra cosa: aquella es una quinta, y hay en ella damas y caballeros que nos asestan anteojos. ¡Qué hueco se ha puesto mi ginete! ¡Necio! No conoce que solo yo escito la curiosidad general.

Queda probado que soy un caballo tan célebre como Bucéfalo;

- Como Pegaso;
- Como Babieca;
- Como Rocinante.

Cuando concluya mi ascension van á disputarse mi posesion á pistoletazos todos los locos de la corte. Está visto que seré un caballo ilustre. Mientras tanto debo confesar que el hambre aprieta, y que cuando tengo hambre envidio la suerte de los caballos plebeyos.

- En fin, si caigo en buenas manos, aprenderé lo siguiente:
- La gabota;
- La polka;
- La esgrima;
- Tocar el tambor.

Ya estamos en tierra firme. ¿Qué digo? En tierra que se hunde bajo mis cascos, en un lodazal. Me ahogo... me hundo. Gracias á una cuerda que han ido á buscar, saldré del pantano. ¡Vana esperanza! Mi ginete dice á los curiosos: mostradme un sitio donde pueda comer, porque estoy muerto de hambre.

—¿Y el caballo?

—Es tarde, mañana lo sacaremos.

Hé aquí cómo se trata á los artistas. Vale mas ser caballo de coche de alquiler, que caballo de globo, porque está visto que los mismos cocheros, ¡cosa increíble! tienen mejor corazon que los aeronautas.

El buen consejo.

Hace algunos años que uno de los hijos de Tonatan, célebre judío de Londres, deseaba casarse con una jóven cristiana; su padre no encontraba obstáculo alguno en la religion de la jóven; pero le incomodaba terriblemente el que no llevase dote. A causa de esto rehusó su consentimiento; pero el hijo, que estaba muy enamorado, le dijo que no le necesitaba, y á su vez el padre le amenazó con que no le daría un maravedí; pero el jóven contestó que ya le obligaría á ello, porque se haría bautizar y entonces gozaria de los beneficios de la ley inglesa, que concede al hijo judío que se hace cristiano la mitad de los bienes de su padre. Jonatán se quedó anonadado al oír esta respuesta, y marchó al momento á buscar á un letrado que le aconsejara y que le dijera si era cierto que existía tal ley; el abogado lo confirmó, pero le dijo al mismo tiempo, si me dais diez guineas, os propondré un medio de burlar la esperanza de vuestro hijo, y el ingrato se quedará sin recibir nada. Jonatán se consoló con estas palabras y contó sus diez guineas, suplicándole que no le hiciese padecer mucho tiempo. Pues bien, replicó el consejero, nada mas fácil; os haceis tambien cristiano, y en este caso la ley no concede ningun beneficio á vuestro hijo.

Sentimiento humanitario de Luis XIV.

Un químico romano llamado Poli, habia descubierto una composicion terrible, diez veces mas destructora que la pólvora, y vino á Francia en 1702 á ofrecer su secreto á Luis XIV. Este príncipe, á quien agradaban sobremanera los descubrimientos químicos, manifestó deseos de ver la composicion y sus efectos. En su virtud se hizo la prueba á su presencia. Poli le hizo notar las ventajas que se podrian obtener en la guerra. Tu procedimiento es ingenioso, le dijo el rey, la prueba es terrible y sorprendente; pero los medios de destruccion empleados en la guerra son suficientes, te prohibo que lo publiques; procura olvidarlo, y harás un servicio á la humanidad. Con esta condicion le concedió una recompensa digna de tal rey.

Anécdotas.

Se trataba de corregir á Luis XV, jóven todavia, de la costumbre de desgarrar los encajes de sus cortesanos, y se encargó de ello Maurepas. Se presentó al rey llevando unos puños de riquísimo encaje, se acercó el monarca y le rompió uno, y Maurepas desgarró el otro y dijo al mismo tiempo: «Maldita la gracia que me hace.» El rey se sorprendió y se puso pálido, y desde entonces no volvió á desgarrar mas encajes.

Mr. d'Argenson decia al conde de Sebourg, que era el amante de su muger: «Hay dos plazas vacantes que os convienen: el gobierno de la Bastilla y el de los Inválidos. Si os doy el de la Bastilla dirán que os quiero encerrar, y si vais á los Inválidos, creerán que es mi muger la que os envia allí.»

Un banquero inglés, llamado Ler, fué acusado de haber conspirado para apoderarse del rey llevándole á Filadelfia. Conducido ante los jueces les dijo: «Yo sé bien lo que un rey puede hacer de un banquero, pero ignoro lo que un banquero puede hacer de un rey.»

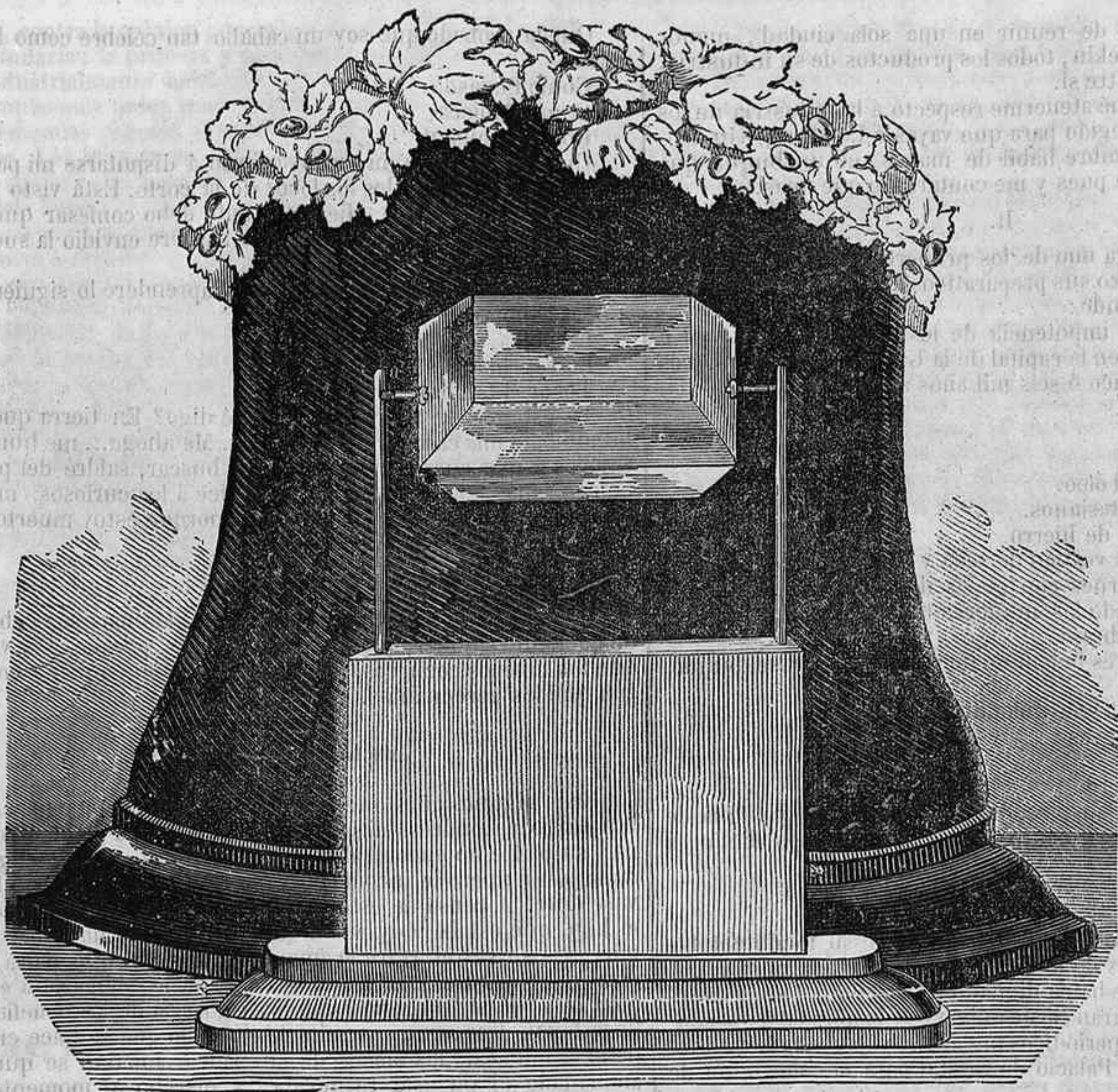
Elcuse decia, que siendo jóven y encontrándose sin bienes de fortuna, se marchó á Sunevilo, y allí consiguió que le hicieran dentista del rey Stanislao, precisamente el mismo dia que se le cayó el último diente.

Estado actual del Egipto.

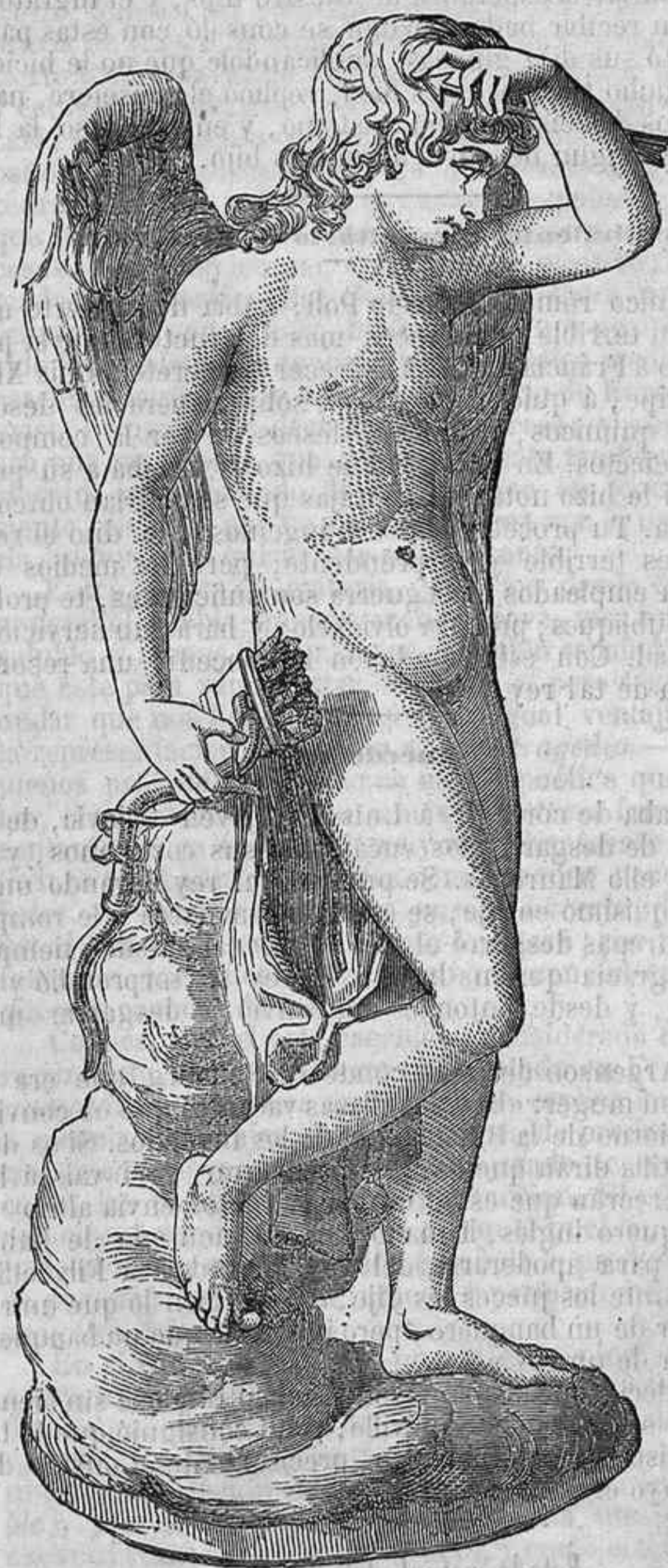
El estado actual del Egipto es digno de fijar la atencion de los hombres políticos y de los filósofos. El viajero que recorre en el dia esta célebre colonia, no puede menos de asombrarse al comparar el estado que tenia hace medio siglo, con su situacion actual.

Bajo la dominacion de los mamelucos, el Egipto, antiguamente el granero de Oriente, habia llegado á ser la tierra clásica del hambre y de la peste, de las guerras intestinas y del vandalismo, y de todo lo mas monstruoso de la tiranía y de lo mas degradante de la miseria. Mehemet-Alí trató de regenerarle, y emprendió esta obra con la tenacidad del genio, valiéndose del mismo despotismo en beneficio de la civilizacion, é hizo prodigios. Abbas-Pachá, despues de la rápida transicion de Ibrahim, ha sido llamado á continuar esta tarea penosa, pero llena de gloria.

El carácter de Abbas se diferencia esencialmente del de Mehemet-Alí y del de Ibrahim. El primero habia nacido con to-



Diamante azul.



El Amor.

las hordas del desierto; de manera que el país que antes no se podía recorrer sin peligro, se atraviesa ahora en todas direcciones por los europeos, que viajan con perfecta seguridad y hacen tratos comerciales, cada vez mas importantes, con los habitantes del interior. Asi es que en el dia se encuentra en Egipto lo que se busca en vano en las demás comarcas de la Asia musul-

das las cualidades necesarias para fundar un imperio: Ibrahim estaba dotado eminentemente de las que forman los grandes capitanes: Abbas-Pachá nos parece que ha demostrado sobre todo que posee en alto grado los talentos de administrador y organizador, y esto es precisamente lo que conviene al sucesor de Mehemet. Lo que el abuelo habia creado, debia desenvolverlo y fecundizarlo el nieto. Abbas-Pachá mismo parece que ha comprendido que esta es su mision.

Era evidente, despues del desenlace de la cuestion de Oriente y los tratados de 1840 y 1841, que el Egipto no tenia que pensar en las eventualidades de una nueva guerra con la Pueria. Abbas-Pachá ha conocido que un ejército sin utilidad es una llaga que corroe un país, y que todos los recursos del Egipto debian consagrarse al desenlace de su agricultura, de su comercio y de su industria. Ha reducido el efectivo del ejército al menor número posible, conservando siempre los cuadros necesarios para aumentarlo en caso de necesidad; y ha querido además que contribuya por su parte á la felicidad del país que le sostiene. En su virtud le ha escalonado en las fronteras del Egipto, y ha sabido, por medio de un sistema perfectamente organizado, disponerle de manera que contenga el pillaje de

mana, y lo que no existe aun en muchos de los puntos de Europa: seguridad de relaciones, y respeto de las personas y propiedades.

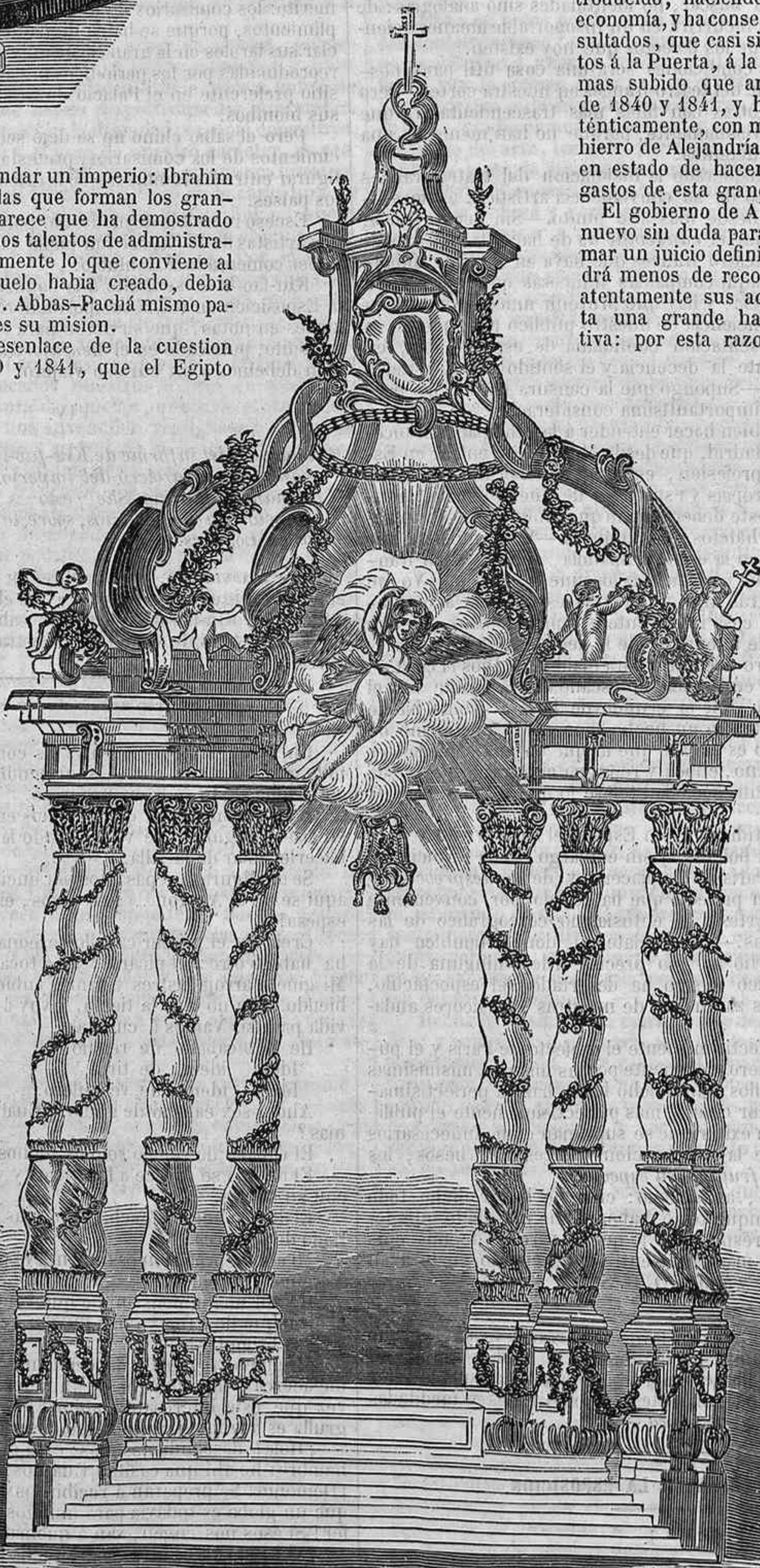
Mehemet-Alí habia descuidado la suerte de los paisanos. Realizando progresos, que sin disputa habian de dar algun dia positivo resultado, habia pedido mucho y concedia muy poco. Estaban sobrecargados de impuestos. El gobierno actual ha querido que participen sin demora de los frutos de una civilizacion que deben hacer progresar por sus talentos. Ha aligerado considerablemente las cargas, é inaugurando un nuevo sistema financiero, ha repartido al mismo tiempo con mas equidad los que la clase mercantil debia soportar.

Disminuir los impuestos y aumentar los recursos del tesoro, tal ha sido el fin principal del virey. Para conseguirlo ha reformado la administracion, como habia reformado el ejército; ha hecho desaparecer una multitud de abusos que se habian introducido, haciendo observar orden y economia, y ha conseguido tan buenos resultados, que casi siempre hace adelantos á la Puerta, á la que paga un tributo mas subido que antes de los tratados de 1840 y 1841, y ha podido saber auténticamente, con motivo del camino de hierro de Alejandría al Cairo, que estaba en estado de hacer frente á todos los gastos de esta grande empresa.

El gobierno de Abbas-Pachá es muy nuevo sin duda para que se pueda formar un juicio definitivo; pero no se podrá menos de reconocer, examinando atentamente sus actos, que manifiesta una grande habilidad administrativa: por esta razon, á pesar de los



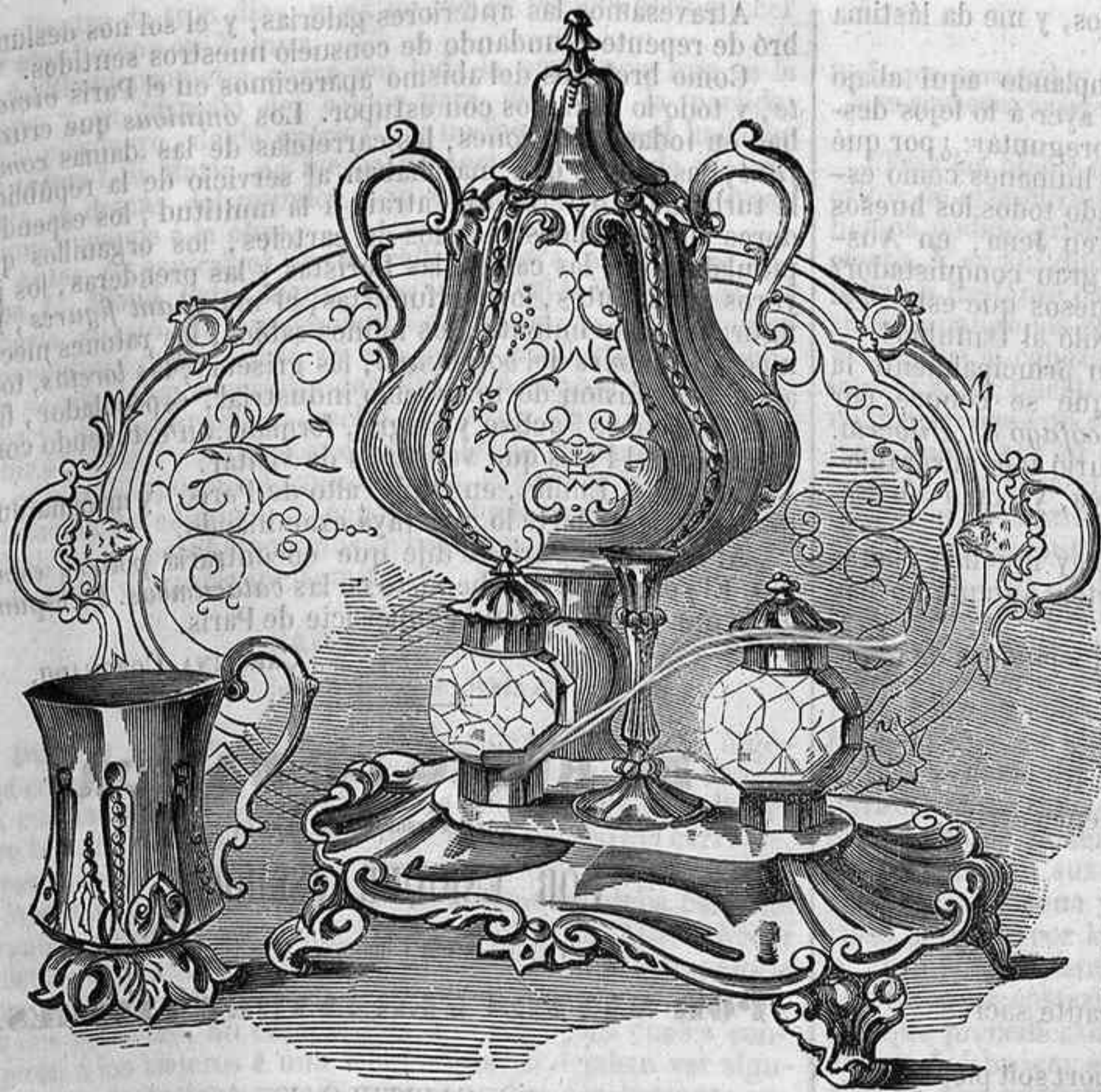
Velador.



Pórtico de porcelana de Sevres;



Fig. 5.ª



Servicio de mesa.

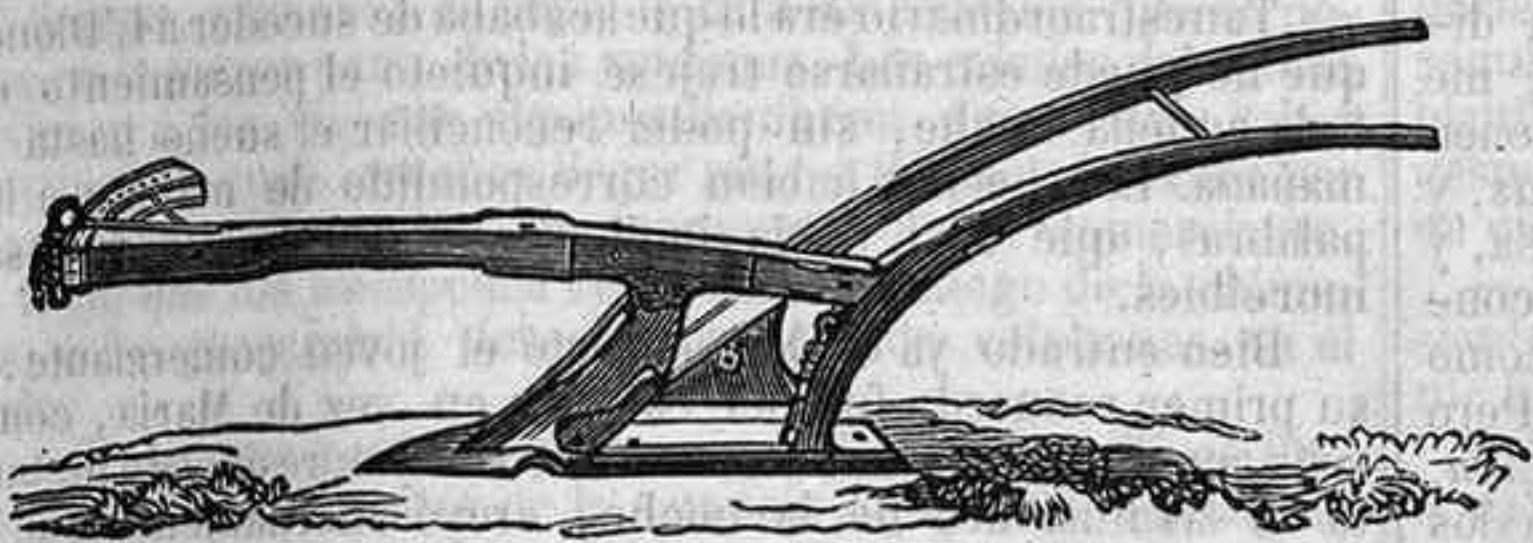


Fig. 1.^a

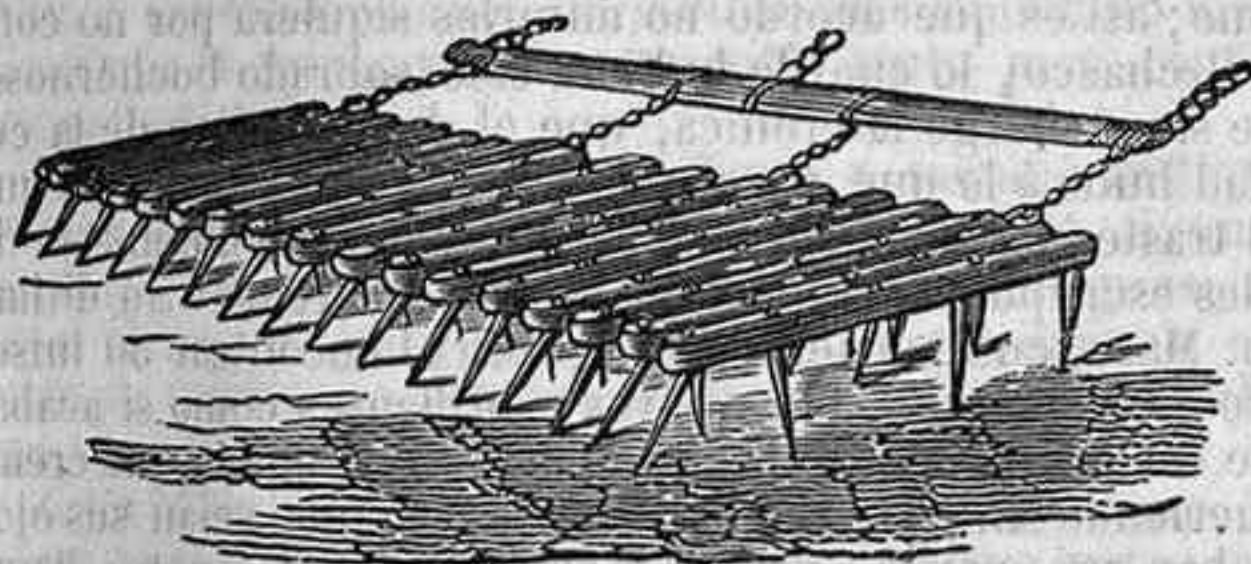


Fig. 3.^a

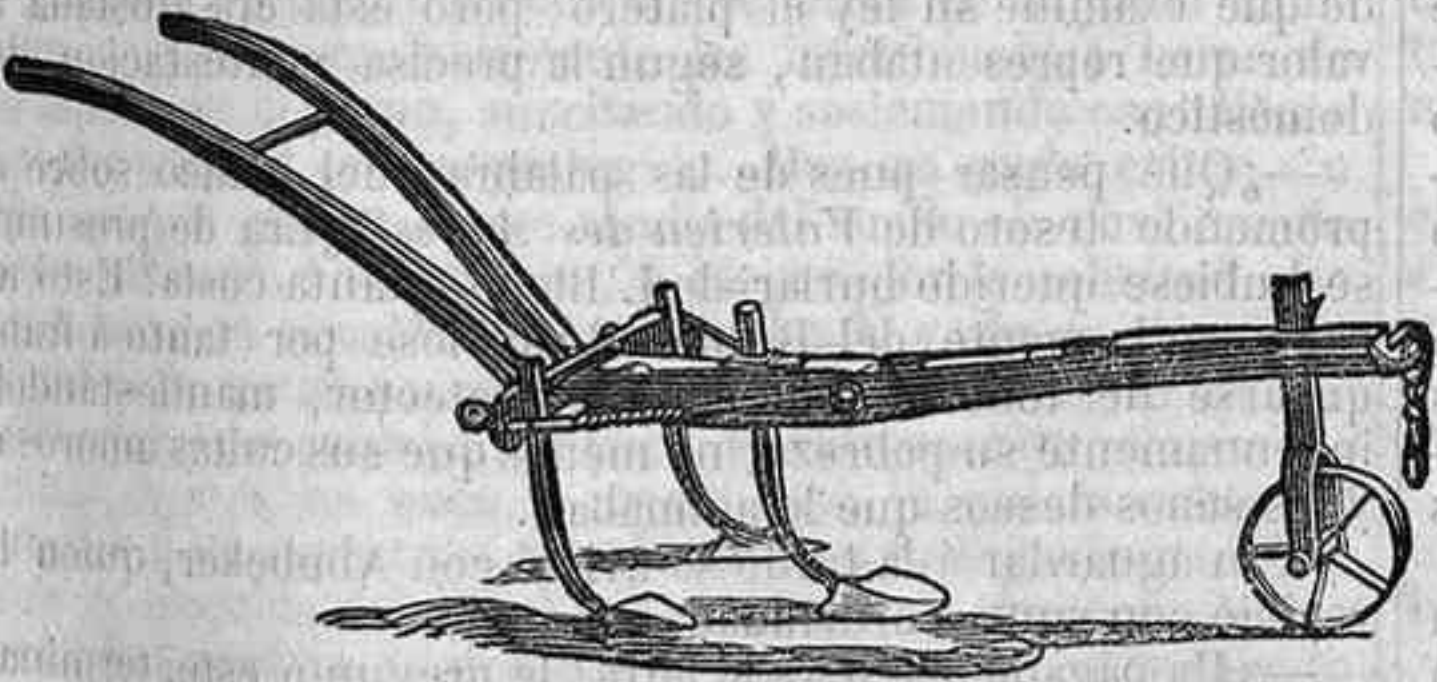
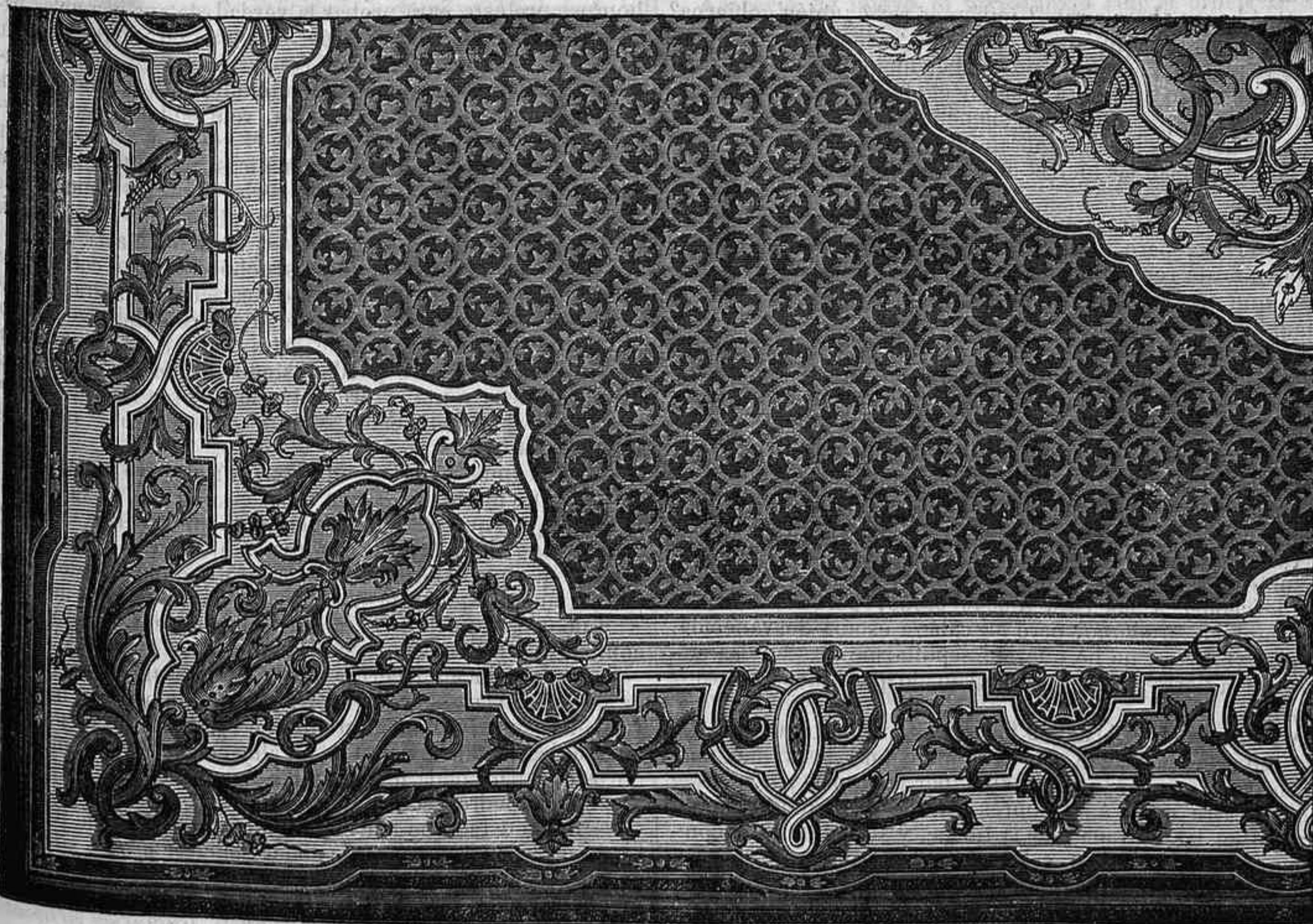


Fig. 4.



Tapiz.

ataques de que ha sido objeto en estos últimos tiempos, se podrá augurar bien de su porvenir y del de Egipto.

Si Abbas-Pachá no hubiera seguido con inteligencia y energía la grande obra de Mehemet-Ali en los tres ó cuatro años que han transcurrido, no hubiera podido menos de haberse notado uno de esos movimientos retrógrados, tan rápidos en los pueblos nuevamente iniciados en la civilización, cuando caen en manos de una persona inhábil é incapaz. Pero el Egipto, por el contrario, ha hecho bajo su administración progresos reales y constantes, como lo prueban de

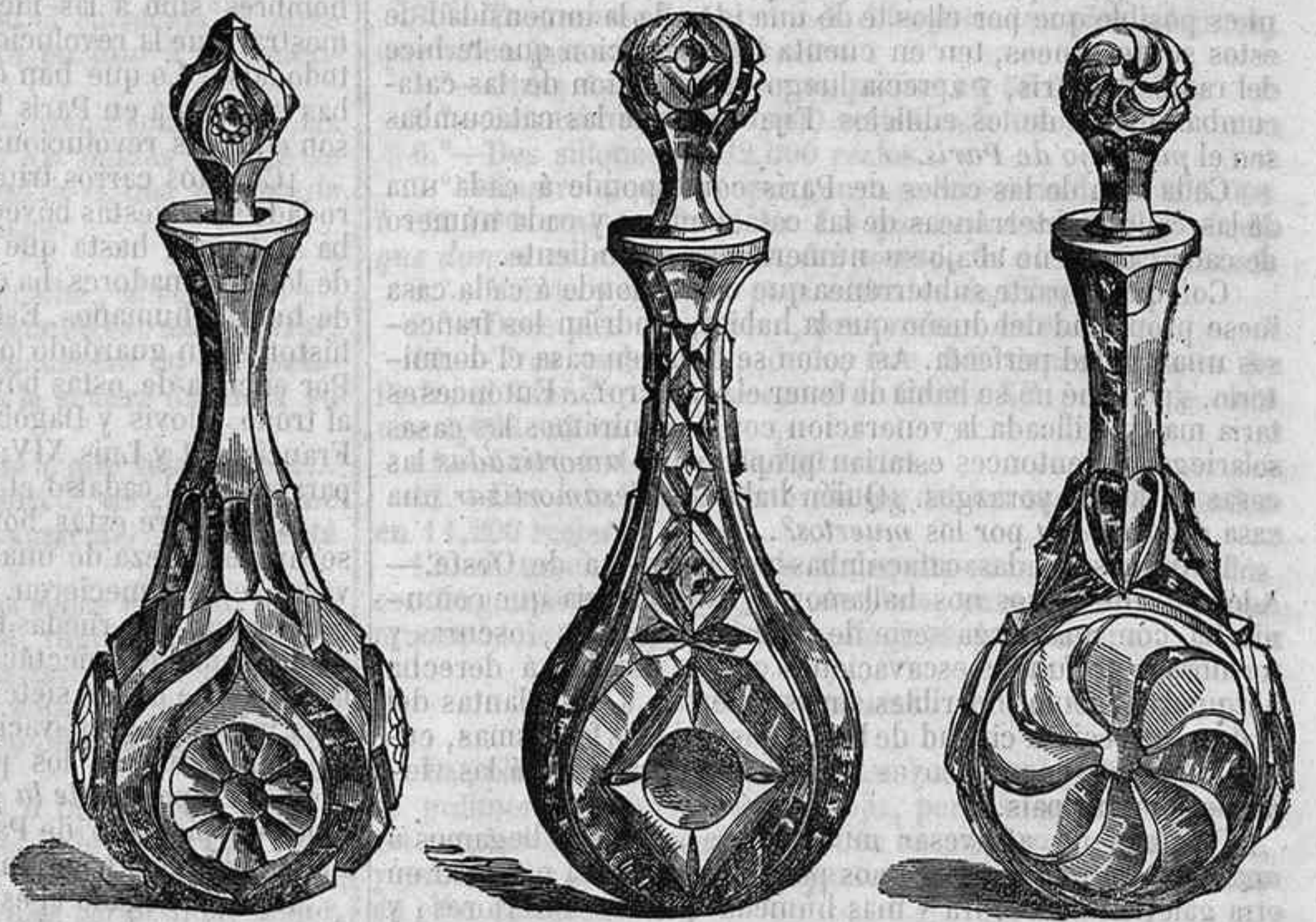
una manera enteramente perentoria el número de sus exportaciones durante los años 1849, 50 y 51, y el movimiento siempre en aumento de sus puertos.

Disminuir los impuestos y aumentar el tesoro público es una prueba indudable de capacidad, que da al gobierno actual de Egipto una especie de preponderancia sobre muchos de los gobiernos de Europa, que han marchado en sentido inverso. Pero el gobierno egipcio ha hecho mas. Ha sabido al mismo tiempo concluir una porcion de trabajos de utilidad pública. Ha construido numerosos establecimientos, desde las máquinas de vapor, destinadas á explotar las plantaciones de la caña de azúcar, hasta la reparacion de los canales que llevan al valle del Nilo las aguas fertilizadoras de este rio. Ha cubierto de árboles las fronteras del desierto; ha empezado en las cercanías del Cairo la plantacion de un bosque de 2,600 fanegas; ha embellecido la capital y las demás ciudades, y fiel á sus dulces y poéticas tradiciones de la hospitalidad oriental, ha dotado á las municipalidades del interior del Egipto de terrenos, cuya renta está especialmente consagrada á albergar á los viajeros sorprendidos por la noche.

La agricultura, fundamento de la prosperidad de los Estados, ha sido el objeto constante del virey. Las poblaciones agricolas han sido llamadas á gozar del bienestar cuyo recuerdo no les habian trasmitido las



Copa de marfil.



Frascos.

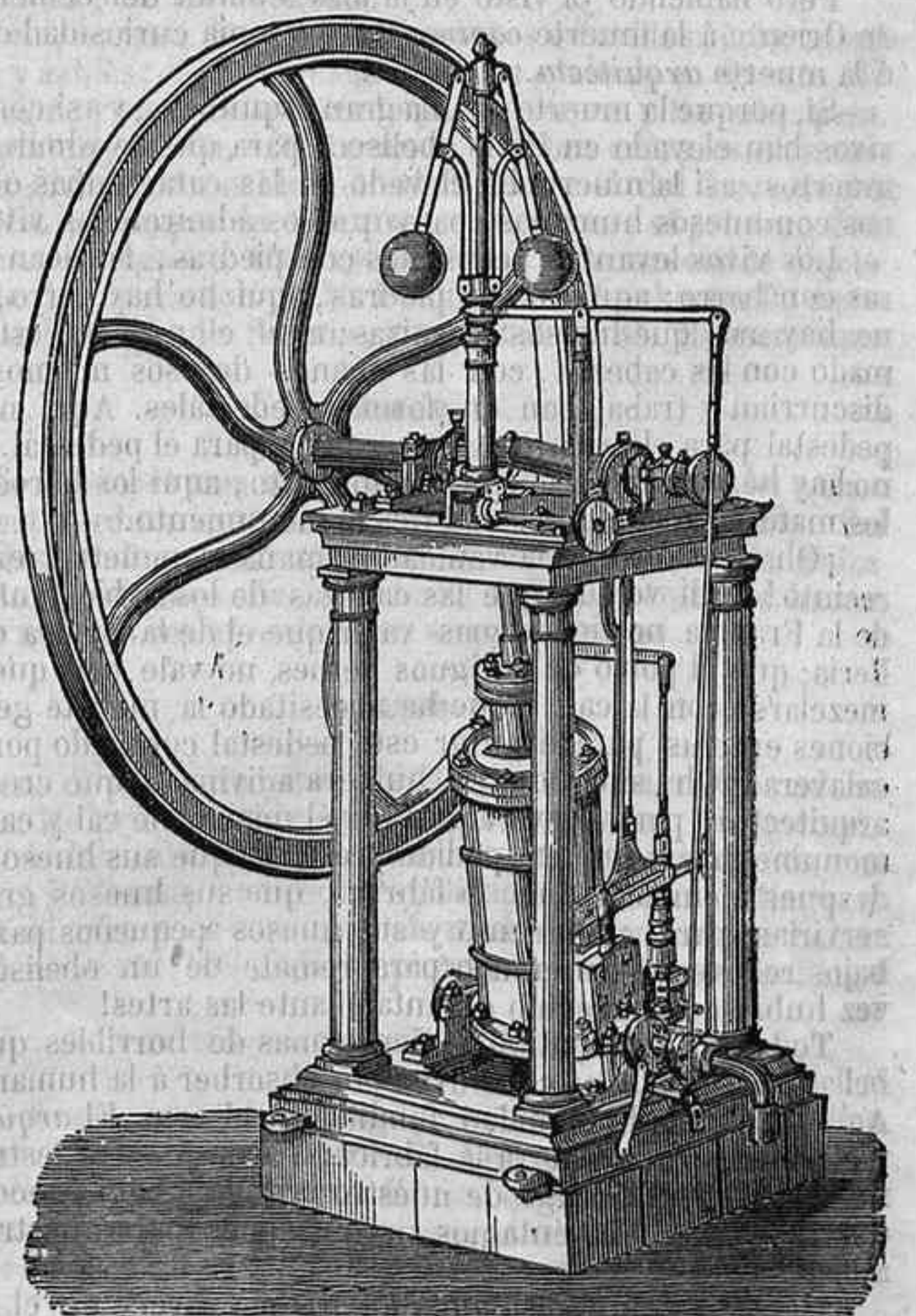


Fig. 2.^a

generaciones pasadas; las preciosas garantías dadas á la propiedad, han hecho apreciar al paisano el suelo que cultiva; y los préstamos hechos sobre las recolecciones pendientes, han sido autorizados por el gobierno; lo que permite al cultivador pagar sus impuestos en dinero, recoger los productos del suelo y venderlos con beneficio, en tanto que en tiempo de Mehemet-Ali, se veía obligado á abandonarlos al gobierno para pagar.

Todo debía prosperar y todo ha prosperado en efecto bajo semejante régimen, y podemos dar una prueba, que en la actualidad se conceptuará concluyente en Europa: los capitales largo tiempo ocultos por el temor, se han empezado á manifestar por todas partes, y el papel del gobierno, que en tiempo de Mehemet-Ali y de Ibrahim-Pacha se descontaba á un 25 ó 30 por 100, en el día se descuenta á 2 1/2 y á 3.

Tal es la situación del Egipto, regenerada por el genio creador de Mehemet-Ali. Ha adelantado en la vía del progreso á todas las naciones del Oriente, entre las que está destinada á ejercer un día por su ascendiente moral, una grande y saludable influencia. El comercio ve con satisfacción que la Europa y el Africa se den así la mano en la grande obra de las mejoras políticas, morales y materiales de los pueblos, y la iniciativa tomada por el Egipto, hace confiar que un día, que tal vez no esté distante, todas las orillas del Mediterráneo, tanto cristianas como musulmanas, se vean iluminadas por la civilización.

UN PASEO DESDE EL TAJO AL RHIN.

DESCANSANDO EN EL PALACIO DE CRISTAL.

(Continuacion.)

París 15 de julio.

A las doce hemos salido del Panteón, y sin descansar nos dirigimos á las catacumbas.

Son infinitas las dificultades que anoche tuvimos que vencer para conseguir el permiso del prefecto de policía, porque han ocurrido muchas desgracias á los que, movidos de la misma curiosidad que nosotros, penetraron en las vastas galerías, y no se puede bajar á ellas sino con una orden del prefecto, y haciéndose acompañar de un guía.

Te dije, Emilio, en una de mis cartas, que las catacumbas tienen de estension 674,000 metros, porque así lo había visto en la guía; pero como repito que no entiendo de metros, ni es posible que por ellos te dé una idea de la inmensidad de estos subterráneos, ten en cuenta la descripción que te hice del radio de París, y aprecia luego la estension de las catacumbas por la de los edificios. Fijate en que las catacumbas son el piso bajo de París.

Cada una de las calles de París corresponde á cada una de las calles subterráneas de las catacumbas; y cada número de cada casa tiene abajo su número correspondiente.

Con que la parte subterránea que corresponde á cada casa fuese propiedad del dueño que la habita, tendrían los franceses una ciudad perfecta. Así como se tiene en casa el dormitorio, ¿por qué no se había de tener el sepulcro?... Entonces sería más justificada la veneración con que miramos las casas solariegas, y entonces estarían propiamente amortizadas las casas de los mayorazgos. ¿Quién había de desamortizar una casa amortizada por los muertos?...

Entramos en las catacumbas por la puerta de Oeste.—A los noventa pasos nos hallamos en una galería que comunicaba con una larga serie de galerías húmedas, oscuras y tortuosas; profundas escavaciones que se perdían á derecha é izquierda como horribles simas abiertas á las plantas del viajero. Parecía la ciudad de las brujas y de los fantasmas, cuyos medrosos cuentos oyes todavía con curiosidad á las viejas de nuestro país.

Después de atravesar multitud de galerías, llegamos á una escalera que descendimos penosamente para penetrar en otra galería más oscura y más húmeda que las anteriores, y que nos condujo al gran vestíbulo, en cuya entrada hay esta inscripción, que parece el grito de la muerte para impedir el paso á los profanos: ¡Arrete! ¡Detente!...

Pero habiendo ya visto en la fosa común del cementerio de Oriente á la muerte comunista, yo tenía curiosidad de ver á la muerte arquitecta.

Sí, porque la muerte es una gran arquitecta, y así como los vivos han elevado en París obeliscos para que se admire á los muertos, así la muerte ha elevado en las catacumbas obeliscos con huesos humanos, para que los admiren los vivos.

Los vivos levantan pedestales con piedras, fabrican figuras con barro; aquí no hay piedras, aquí no hay barro, aquí no hay mas que huesos y cenizas; aquí el pedestal está formado con las cabezas, con las manos de esos mismos que discurren y trabajan en formar pedestales. Aquí no hay pedestal para el muerto, sino muertos para el pedestal. Aquí no hay héroe que corone el monumento, aquí los héroes son los materiales con que se fabrica el monumento.

¡Oh cuánto sufre la vanidad humana al penetrar en este recinto! Aquí vemos que las cabezas de los sabios antiguos de la Francia no tienen mas valor que el de la piedra de sillería; que el polvo de antiguos héroes no vale mas que para mezclarse con la cal, y que ha necesitado la muerte generaciones enteras para levantar este pedestal coronado por una calavera. ¡Oh, si el hombre hubiera adivinado que creaba la arquitectura para servir algún día el mismo de cal y canto al monumento, si hubiera podido presumir que sus huesos iban después á emplearse en la fábrica, que sus huesos grandes servirían para el cimborio y sus huesos pequeños para los bajos relieves, y su cráneo para remate de un obelisco, tal vez hubiese retrocedido espantado ante las artes!

Todas las artes, Emilio, tienen mas de horribles que de bellas; porque todas concluyen por absorber á la humanidad. Aquí está ya la humanidad fundida en el arte. El arquitecto y la arquitectura son ya la fábrica. Y esta fábrica, este monumento, es el castigo de nuestro orgullo. Aquí conocemos que todo cuanto inventamos sirve después para nuestra humillación...

Allá arriba en el piso alto de París me parece oír el ruido de los vivos que trabajan en perfeccionar las artes.

Creo percibir el martilleo de los obreros, y me da lástima de su afán.

Tal vez el obelisco que estoy contemplando aquí abajo corresponde al arco de la estrella que vi ayer á lo lejos desde la cumbre del Panteón, y se me ocurre preguntar: ¿por qué no habrán levantado ese arco con huesos humanos como esos monumentos? ¿Por qué no han recogido todos los huesos de aquellos que perecieron en Marengo, en Jena, en Austerlitz, para formar el arco de triunfo del gran conquistador? Pero ¿cómo podían recogerse todos los huesos que están esparcidos desde el Tajo al Rhin, desde el Nilo al Danubio!

Dos son los monumentos que llaman principalmente la atención en el subterráneo: uno es el que se conoce por altar de los obeliscos, y el otro por el sarcófago de Gilberto.

Gilberto era un poeta francés que murió tan miserablemente como en Portugal el tuerto de Africa, y como en España el manco de Lepanto.

Lo cual quiere decir que en Francia hay muchos poetas tan desgraciados como Camoens y Cervantes, aunque no hay muchos tan eminentes.

Yo recuerdo unos versos de Gilberto quejándose de la ingratitud de los franceses.

«Au banquet de la vie infortuné convive
J'apparus un jour, et je meurs
Je meurs: et sur ma tombe vù lentement j'arrive,
Nul ne viendra verser des pleurs.

.....

¡Ah! puissent voir longtemps votre beaute sacrée
Tant d'amis sourds à mes adieux!
Qu'ils vivent pleins de jours, que leur mort soit pleurée,
Qu'un ami leur ferme les yeux!»

Hay en el subterráneo dos capillas, llamadas una la tumba de la Revolucion, y otra la tumba de las Víctimas. Esta división entre ambas cosas, que me parecen una sola, me hace meditar mucho sobre el talento *subdivisorio* que tienen los franceses. La revolucion fué la que hizo las víctimas, y á estas podía dárselas tumba. La revolucion era la causa, y las víctimas el efecto. La idea se espresaba claramente, consagrando una tumba á las víctimas de la revolucion, como los españoles la tenemos á las víctimas del Dos de Mayo. Pero abrir una tumba á las víctimas y además otra á la revolucion, parece que indica que los franceses no solo entierran á los hombres sino á las ideas. Indudablemente han querido demostrar que la revolucion quedaba enterrada; pero esto es del todo falso. Lo que han demostrado es que hasta en las tumbas se oculta en París la revolucion; que hasta los muertos son en París revolucionarios.

¡Cuántos carros triunfales y cuántos carros fúnebres han rodado sobre estas bóvedas, desde que Julio César colocó arriba su trono, hasta que cayó del suyo Luis Felipe! Cada uno de los dominadores ha dado á estos subterráneos su tributo de huesos humanos. Esta es una cueva donde los leones de la historia han guardado los despojos de sus sangrientos botines. Por encima de estas bóvedas pasaron triunfantes para subir al trono, Clovis y Dagoberto, Carlomagno y Felipe Augusto, Francisco I y Luis XIV; y por encima de estas bóvedas pasó para subir al cadalso el desventurado Luis XVI.

Aquí sobre estas bóvedas se sintió el golpe del hacha que separó la cabeza de una gran reina, y hasta los mismos cadáveres se estremecieron. Por cima de estas bóvedas pasó luego rechinando sus ruedas la carroza imperial de Napoleon, dando al mundo el espectáculo de un rey con siete coronas, como la serpiente de las siete cabezas. Y mas tarde, aquella carroza volvió á pasar vacía. Los muertos vecinos de este piso bajo no sintieron los pasos de la planta diplomática de Luis Felipe, *Napoleon de la paz*; pero los sintieron los vivos, vecinos del piso alto de París, y dicen que sobre estas bóvedas ha habido hace poco un horrible combate.

Aquí ha llegado el estruendo de la artillería, y por la tierra de estas bóvedas se ha filtrado gota á gota la sangre de un generoso mártir, la sangre de un santo prelado: del Arzobispo de París.

¿Qué hacen ahora arriba? ¿quién es rey? ¿quién gobierna? preguntan los de aquí abajo, y nadie responde. ¿Y quién puede responder? Los vivos no lo saben mejor que los muertos.

Pronto acaso volverá á resonar el choque de las espadas, y se sabrá por qué estaba tan silencioso París.

¡Ah, dichosos los que moran en estos subterráneos, porque no presencian las luchas de los que allá arriba van á despedazarse!

Este París oscuro y sombrío no está iluminado por el sol de Austerlitz, pero tiene una lámpara que esparce una luz suave; no está regado por el agua del Sena, pero tiene una fuente que arrulla el sueño de los muertos: la fuente de la Samaritana.

El ruido de esta fuente, que corre bajo estos subterráneos, ha excitado en mi ánimo una melancolía indefinible. Por la primera vez veo una fuente que ni fecunda los árboles, ni da de beber á las criaturas ni á los pájaros; una fuente que no puede calmar la sed; una fuente donde el mismo Tántalo no bebería aunque le dejasen libre al pié de ella: la fuente de los muertos. Hace una impresion terrible ver el hilo de agua pasando entre los huesos humanos como entre las flores.

Ya creíamos haber visto todo y estar en lo más profundo del subterráneo, cuando nos preguntó el guía que si queríamos descender á las catacumbas bajas; porque este piso tiene tambien su sótano; pero mi cabeza estaba desvanecida, mis piés yertos, y no he querido sepultarme mas en las entrañas de la tierra, sino que he clamado por volver á la luz del sol.

A pesar de las reflexiones filosóficas, conozco que el asilo de los muertos no puede servir de mansion á los vivos; porque en tanto que la sangre circula por las venas, nos atrae el sol y el aire como á las pobres enredaderas que tienen su cimiento en las entrañas de la tierra, y suben hasta encontrar un rayo del sol. Aun sabiendo que arriba nos esperan espectáculos mas tristes que los de un osario, nuestro corazón tiene aspiraciones hácia el mundo, que en vano pretenderíamos sofocar.

Atravesamos las anteriores galerías, y el sol nos deslumbró de repente inundando de consuelo nuestros sentidos.

Como brotados del abismo aparecimos en el París viviente, y todo lo miramos con estupor. Los omnibus que cruzaban en todas direcciones, las carretelas de las damas *com' il faut*, las tropas que marchaban al servicio de la república, la turba de titiriteros que atraía á la multitud, los espendedores de periódicos vestidos de carteles, los organillos que pululaban por las calles, las floristas y las prenderas, los joyeros ambulantes, los perfumistas, el *marchant figures*, las figuras de movimiento, los monos sabios, los ratones mecánicos, los *lions del boulevard*, las grisetas, las *loretas*, toda aquella confusión de un pueblo industrial, especulador, frívolo, bullicioso, activo y alegre, formaba un estupendo contraste con el París que veníamos de visitar.

Ya estoy, Emilio, en el piso alto de París, y mañana empezaré á describirte lo que vaya examinando.

Al entrar en París te dije que encontraría *polvo* y *espuma*. El *polvo* es el que he visto en las *catacumbas*. La *espuma* es la que voy á ver en la superficie de París.

CAROLINA CORONADO.

EL RUBIO DE NAMUR.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR ENRIQUE ZSEHOCKE,

y vertida directa y libremente al castellano

POR SANTOS FERNANDEZ LINARES.

CAPITULO X.

En que se trata del viaje á *Valerien des Anges*.

Tan extraordinario era lo que acababa de suceder á L'Blond, que no puede extrañarse trajese inquieto el pensamiento en toda aquella noche, sin poder reconciliar el sueño hasta la mañana. Los hechos habian correspondido de manera á las palabras, que casi debía inclinarse á dar crédito á cosas increíbles.

Bien entrado ya el día despertó el joven comerciante, y su primer recuerdo fué del caldeo, en vez de María, como solía acontecerle hasta entonces. Pero desimpresionado un tanto de las ilusiones de la noche, creyó cuerdamente que el pretendido mago de los trescientos doce años, se había burlado de él muy á su sabor, viniendo por último á parar en que el contenido de los saquillos que le regalaba sería arena ó plomo; así es que acordó no mirarlos siquiera por no concluir el chasco, lo cual le hubiera sido sobrado bochornoso. Añade sin embargo la crónica, que el duro agujon de la curiosidad hubo á lo que parece de molestarle en términos que dió al traste con su juicioso acuerdo, y desentendiéndose de pueriles escrúpulos, se decidió á llevar la broma á su último punto. Mas ¿cuál no sería su sorpresa al encontrar 50 luises de oro en cada saco, tan nuevos y brillantes como si acabasen de ser acuñados, en lugar de la arena ó plomo que creía? No queriendo sin embargo dar asenso á lo que veían sus ojos y tocaban sus manos, requirió su peso y era exacto: llama entonces á su criado y le entrega un par de ellos con encargo de que examine su ley el platero; pero esta era ajustada al valor que representaban, segun la precisa contestacion del doméstico.

—¿Qué pensar pues de las palabras del caldeo sobre el prometido tesoro de *Valerien des Anges*? ¿Era de presumir se hubiese querido burlar de L'Blond á tanta costa? Esto no cabía en la mente del Rubio. Resolvióse por tanto á franquearse del todo al todo con su protector, manifestándole ingenuamente su pobreza, no menos que sus cuitas amorosas y los sanos deseos que le animaban.

Sin aguardar á la tarde se avistó con Abubeker, quien le recibió con suma cordialidad.

—¿Ha pagado usted ya la letra? le preguntó este, terminando que hubieron los cumplimientos de estilo. Confesóle entonces el Rubio que semejante achaque solo había sido un honroso pretesto para probar la verdad de sus increíbles palabras: pidióle mil perdones por ello, y le ofreció revelarles sin omitir punto ni coma cuanto concernia acerca de su verdadera situación, como efectivamente lo hizo desde luego, dándole minuciosa cuenta de su vida, refiriéndole circunstanciadamente cuanto le acaeciera en el cenador de jazmin, sin olvidarse del cambio de las gramáticas, ni del término de las lecciones en la conjugacion del verbo *amare*, y concluyendo por lamentarse del orgullo del general de Fano, que le hacia desesparar de conseguir la ansiada mano de María.

Concluido el relato, que escuchó el caldeo con mucha atención, y después de haberse acariciado su gran bigote gris en muestra de reflexion, le dijo:—Sin embargo no veo, amigo mio, motivo bastante para perder toda esperanza; con el valor del tesoro puede usted muy bien comprar una finca de buena renta, y presentándose con rico propietario al general de Fano, estoy seguro de que no le negará la mano de su hija.

—Pero, ¿puedo confiar en el tesoro? observó el Rubio.

—¿Y qué interes podria yo tener en engañar á usted? Hasta ahora yo sí que debiera quejarme de que me haya engañado con el pago de la letra, cosa que siento á la verdad, no por mí, sino porque retarda usted con eso el momento de sacarlo por algunos dias, ó quizá semanas que habrá de estar ausente.

Luchaba aun L'Blond consigo mismo entre la duda y la confianza:—¿Qué os parece que haga?

—En mi concepto cerrar su tienda y fingir la necesidad de hacer un viaje, pero sin revelar absolutamente á nadie su verdadero objeto ni el punto donde va. Y aun lo mejor sería que se desprendiese usted de su almacén, pues contando con un tesoro, para nada le hace falta el comercio.

—¿Nada podré decir tampoco á María?

—Dígale usted que marcha al punto que mejor le parezca, y anúnciele su esperanza de poder solicitar pronto su mano; pero guárdese bien de nombrar á *Valerien des Anges* ni menos hablarle del tesoro.

—¿Y cuándo partiremos?

—Dentro de tres días, pues no me es posible permanecer por más tiempo en Namur.

L' Blond prometió obrar con toda la prudencia que se le exigía, y se despidió del caldeo para disponer la partida. ¿Qué pierdo yo, decía entre sí, si no fuere cierto el hallazgo del tesoro? Si María no me ha de pertenecer, nada me importa lo demás del mundo. Con que nada, L' Blond, buen ánimo y manos á la obra.

Antes de espirar el plazo prefijado para el viaje se hallaba L' Blond listo según ofreció al caldeo, después de haberlo puesto en conocimiento de María en los términos convenidos y despedidose de ella entre mil tiernos juramentos, con la dulce esperanza de volverse á ver muy pronto. Tocaba ya á su promedio la noche del tercer día, cuando se vio subir á L' Blond y Abubeker en un elegante y cómodo carruaje de camino, dispuesto de antemano á la puerta de la fonda, de habitación del segundo. Sonaron las doce en el reloj de la catedral, y á los pocos momentos se hallaban protector y protegido á buena distancia de Namur.

CAPITULO XI.

En que se acaba de referir lo que resta del anterior.

Durante el viaje se manifestó el caldeo tan afable é ingenuo como en la fonda de Namur. Habían caminado en todo el día con tanta rapidez, que ni aun se detuvieron una sola vez para tomar alimento, sino que lo hicieron dentro del carruaje, cuyos caballos diz que fueron remudados con mas frecuencia de lo que parecia requerir el caso. El horizonte estaba bastante cargado, y la lluvia azotaba los vidrios del coche. Al anochecer se detuvo este ante una casa que se elevaba solitaria y sombría á la entrada de un espeso bosque, habitada al parecer solo por dos personas, un cazador con un criado, los cuales condujeron á los viajeros á una sala en que se dejaban ver algunos restos de antigua grandeza, pues sobre ser bastante espaciosa, colgaban aun de sus paredes pedazos de preciosos tapices de Persia, descoloridos y casi deshechos por la mano del tiempo, supliendo el papel de la falta de cristales que se notaba en la mayor parte de las ventanas. Los criados del caldeo sirvieron á los viajeros algunos fiambres, que debían saber muy bien, ó cuando menos llegar muy á tiempo, á juzgar por la prisa con que los hizo desaparecer el jóven comerciante, en tanto que los huéspedes reanimaban el fuego de la chimenea y les preparaban descanso tendiendo colchones en el suelo.

—¿Segun veo vamos á pernoctar aquí? Preguntó el Rubio mirando en derredor de la estancia, que á la verdad no hubo de parecerle muy agradable.

—Estamos á diez pasos de las ruinas de *Valerien des Anges*, repuso el caldeo, y á las doce en punto de la noche debemos penetrar en ellas, ni minuto mas ni minuto menos. Calentémosnos pues, y bebamos entre tanto para confortar nuestros estómagos.

Estremeciése ligeramente L' Blond y sacudió instintivamente la cabeza como para librarse del peso de algun mal ensueño; y era que en aquellos momentos se le representaba muy al vivo en su imaginacion cuanto en su infancia oyera contar de terrible acerca de escavaciones de tesoros subterráneos, en términos que no pudo menos de preguntar á su protector si seria de temer en aquella ocasion lo mismo. Sonrióse el caldeo, y le preguntó á su vez:—¿Tiene usted miedo de cuentos de nodrizas?

Abubeker procuró desvanecer el temor de su jóven compañero y pasar agradablemente las interminables horas de una noche de invierno, suscitando y sosteniendo con talento sabrosas pláticas con su protegido. Mas no pudo evitar sin embargo que este se dejase rendir del sueño, lo cual era de ver no convenia á su intento, á juzgar por la solicitud que manifestaba en estorbarlo. Pero L' Blond, ya fuese por el insomnio de la noche anterior, bien debido al cansancio que experimentara, se cuidaba tan poco de corresponder á sus esfuerzos, que á las once y media cesó ya enteramente de contestar á su importuno interlocutor, y reclinando la cabeza sobre el respaldo del sillón, se arrellanó en él con la mayor comodidad posible. Acercábase la media noche: el momento era en extremo crítico toda vez que la escavacion debía tener lugar á las doce en punto, y el sueño de L' Blond podia frustrar todo lo hecho para su felicidad. Levantóse Abubeker, y sacudiéndole despiadadamente un brazo, le dijo en tono algo serio:—¿No ha mentido usted en nada de todo cuanto me ha manifestado? porque le prevengo que podria serle muy perjudicial.

—Os aseguro por mi honor, repuso con harto trabajo el interpelado, que es cierto cuanto os he dicho, salvo el ardid de la letra, que ya le confesé.

—Ciertos que fué muy mal hecho engañarme así; pero no importa gran cosa; sin embargo me da mucho en que pensar la pesadez de su sueño en una hora tan solemne y decisiva para su porvenir. He conocido ya á otro en caso semejante, que cayó en un profundo letargo después de estraído el tesoro, y no despertó en tres ó cuatro semanas.

—Eso deberá ser terrible, exclamó L' Blond, dilatando prodigiosamente sus pupilas.

—Para el protagonista no, porque durante el letargo disfrutó de los mas vivos y deliciosos ensueños, y seguramente que no hubiera querido volver nunca de él; mas para mí fué en extremo penoso.

—Y al fin, ¿consiguí la posesion del tesoro?—preguntó con viveza L' Blond.

El caldeo miró entonces su reloj, impuso silencio al Rubio, y le hizo seña de que le siguiese.

Cogió una pequeña linterna que habia al lado de la chimenea, la encendió y desapareció por una estrecha escalera, seguido del Rubio, quien á duras penas podia alcanzarle, pues le atormentaba demasiado el sueño para acertar á dirigir bien sus pasos. La escalera desembocaba en el bosque á cuyo lado estaba situada la casa, y por él caminaron buen trecho hasta llegar á pisar los escombros de un antiquísimo muro que parecia haberse derruido por su propio peso, en cuyo punto se detuvieron entrambos. Abubeker indicó á L' Blond el sitio del tesoro, sacó un pequeño libro de la faltriquera, y comenzó á murmurar algunas palabras en tono asaz misterioso, en tanto que el Rubio se acomodaba como mejor podia en un montón de escombros, dando á poco en dormir á pierna suelta.

CAPITULO XII.

De lo que aconteció al Rubio durante su fatal sueño, con otras cosas, que si pueden parecer poco verídicas, no pesará al lector saberlas.

Tras las líneas que acabamos de copiar fielmente del escritor de esta curiosa crónica, sigue un largo párrafo que no hemos podido traducir á pesar de cuanto hemos hecho al efecto. Y es sin duda que el curioso observador debia tambien hallarse bastante cansado del viaje, y sentirse tan fatigado del sueño cuando los conjuros del caldeo, que hubo de faltarle á un tiempo la cabeza y el pulso, y trazó garabatos en vez de letras, salva nuestra ignorancia. De suerte que habremos de conformarnos con seguir desde el punto en que vuelve á dejarse entender, en que dice así: Habíale en verdad acometido en muy mal hora el sueño, pero no pudo librarse de él. Al despertar, ó creerse despierto, vió que estaba ya bien entrado el día: estiró sus lánguidos miembros, frotóse con ambas manos los ojos, y notó con sorpresa que se encontraba en una soberbia cama cubierta de rico cortinaje de seda verde, el cual corrió para reconocer el aposento. Hallábase este adornado de elegante mueblaje de maderas finas con molduras de plata y oro, y cubiertas sus paredes de hermosos lienços pintados al óleo, en que se hallaba trazada con hábil mano la historia y poderío del famoso dios Eros, viéndose en medio el pavimento un gracioso velador de ébano incrustado de nácar, que servia de sosten á varias macetas de fina porcelana en que ostentaban sus gracias y delicados matices el rosal, el nardo, la azucena y el acanto, cuyas corolas vertian delicioso perfume por la estancia.

Tan sorprendente era cuanto observaba en derredor suyo, que hubo de costarle gran trabajo recordar las últimas escenas que precedieran al sueño. Levantóse y su primer pensamiento fué buscar al caldeo, de quien esperaba oír la explicacion de tan buen presente, ya que no le era dado unirle al pasado por mas que en ello se esforzaba. Pero al ruido que hizo apareció bajo el dintel de la puerta de la alcoba una especie de lacayo vestido de rico uniforme con bordados de oro: seguíanle otros dos, y tras ellos un anciano de noble semblante y desembarazados modales, el que adelantándose, y después de haberle tomado el pulso, le ofreció una cucharada de cierta pocion que llevaba preparada.

—No tengo necesidad alguna de medicamentos, pues me siento bastante bien, salvo un ligero dolor de cabeza, que no me molesta gran cosa, dijo el Rubio.

—El médico, pues tal era la profesion del anciano, movió la cabeza en seña de disgusto, y dijo:

—Suplico á V. E. tome estas pocas gotas que le producirán muy buen efecto. Arrugó L' Blond el entrecejo al oírse tratar de tal manera, y mirando de hito en hito á su interlocutor:

—¿Y Abubeker? le preguntó, desentendiéndose de las instancias del Galeno. Pero este como los demás criados se encogieron de hombros y cambiaron entre sí una mirada de compasion. El doctor repuso sin embargo:

—¿A quién llama V. E. Abubeker?

—A la persona que me acompañó anoche, al caldeo.

—V. E. me permitirá le diga que padece en eso algun error, pues hace ya bastante tiempo que se encuentra en este palacio, y cuando vino solo le acompañaba la señora duquesa su esposa.

—¿Yo, murmuró L' Blond aturdido de lo que veía, esposa!.. duquesa!.. bastante tiempo!!!.. Suplico á usted abandone tan ridícula farsa, y me permita levantarme. ¿Dónde está mi ropa?

Dirigieronse médico y criados varias señas entre sí, se inclinaron respetuosamente ante L' Blond, rogóle con sumision el primero permaneciese quieto hasta avisar á la señora duquesa, y uno, que por sus respetables canas y visos de autoridad parecia el mayordomo, saludó con afectada gravedad al Rubio y se salió de la estancia.

L' Blond creyó estar entre locos, ó bien que era todo una broma del caldeo; y así es que no dudó preguntar si se hallaba en *Valerien des Anges*.

—V. E. está en su castillo de Charmes para cuidar mejor de su quebrantada salud en este retiro, contestó uno de los lacayos.

Apareció de nuevo el mayordomo con la órden de dar al improvisado duque sus vestidos, y adelantándose dijo:—¿Quiere V. E. la bata, el uniforme ó el traje de caza?

—Lo que quiero es mi ropa, y concluir de una vez tan pesada broma, que me tiene ya bastante harto.

Trajéronle vestidos de paño mas fino que él usaba, y una levita azul en cuyo costado izquierdo brillaba una gran placa de plata; con lo cual llegó á su término la paciencia del Rubio, y comenzó á pedir sus vestidos en tono brusco y descompuesto. Hicieronse atrás asustados los domésticos, y solo el médico tuvo valor suficiente para conjurar la tormenta, suplicándole no se incomodase, porque su exaltacion podia ocasionarle una recaída mucho mas peligrosa que la enfermedad. Después de varias contestaciones se conformó por fin L' Blond con su suerte, y tomó el nuevo traje, confiando una vez vestido encontrar al caldeo. Ayudáronle oficiosamente los criados á vestir. Trajéronle á seguida agua de olor en una elegante palanquilla de plata, sirviéndole después un variado y abundante almuerzo en vajilla de china; pareciendo bueno advertir que no se hizo mucho de rogar para el almuerzo, á pesar de estrañarse tanto de cuanto le pasaba, y de la riqueza que se ostentaba en su derredor, de que él no habia visto ejemplo. Concluido el refectorio se asomó á una de las ventanas del aposento, y tuvo ocasion de convencerse se encontraba en un antiguo castillo que daba frente á un espeso bosque.

Pero ¿cuántas leguas hay de aquí á Namur?... Nadie lo sabia. Habia preguntado repetidas veces por el caldeo, descritole minuciosamente, manifestado su edad y referido cuanto de él sabia, y nadie sin embargo le conocia, pues hasta el médico aseguó por su honor no habia jamás conocido á semejante sugeto. Y esto debia ser tan cierto, que al oír decir lo de los trescientos doce años de edad se le vió inmutarse y coger apresuradamente el pulso de L' Blond, creyéndole acometido de nuevo accidente.

—Señores, dijo por último este con notables muestras de enfado: ¿ustedes están locos de remate, ó quieren hacerme á mí perder la cabeza; y yo creo mejor lo primero, pues conoz-

co y siento perfectamente que estoy despierto y en mi sano juicio. ¿Dónde estoy? Y dejémosnos de bromas.

—Ya he tenido el gusto de manifestar á V. E., repuso el médico, que se halla en su castillo de Charmes, en compañía de su señora esposa...

—¿Qué esposa ni que as de bastos, interrumpió L' Blond; ya le he dicho me haga el obsequio de abandonar tan pesada broma, y no me gusta repetir muchas veces una misma cosa. No quiero sufrir por mas tiempo se me tenga por un insensato ó un demente.

—Haré presente á la señora duquesa los deseos de V. E., dijo en tono asaz sumiso uno de los criados, y se retiró.

—Tonterías, murmuró L' Blond, y se dirigió hácia la puerta del cuarto; pero notando que estaba en chinelas, y no creyendo tal calzado el mas á propósito para salir, pidió sus botas.

Entre tanto se abrió de nuevo la puerta, apareció bajo su dintel otro doméstico, y dijo en voz bastante clara: S. E. la señora duquesa.

(Continuará.)

EXPOSICION UNIVERSAL.
Objetos varios.

COPA DE MALAQUITA DEL PRÍNCIPE DEMIDOFF.

Mas de una vez hemos hablado de los preciosos objetos espuestos por la casa Demidoff de San Petersburgo. La malaquita es una piedra verde y opaca, cuyo análisis científico nos ocuparia demasiado. Este jaspé se encuentra generalmente por fragmentos de un tamaño muy mediano en las minas de cobre, y al óxido de este metal debe su color y su dureza.

El príncipe Demidoff, cuyas posesiones minerales producen abundantemente partículas de esta riquísima sustancia, la ha hecho elaborar con grandes gastos en su fábrica de San Petersburgo: mezclando unas con otras las numerosas fracciones recogidas, ha obtenido masas á propósito para tomar formas de grandes dimensiones. Sus obras, que se han admirado en la Exposicion Universal, atestiguan el hecho.

Dichas obras son:

- 1.º—Una puerta, de la cual nos hemos ocupado ya en LA ILUSTRACION: tiene catorce piés y medio de altura, por siete de ancho, y se ha valuado en 6,000 libras esterlinas (unos 600,000 reales).
- 2.º—Una chimenea portátil, de cuatro piés y tres pulgadas de longitud, por seis y ocho pulgadas de latitud: su precio 4,600 libras ó 160,000 reales.
- 3.º—Tres mesas de escribir de diferentes tamaños y figuras, que valen juntas 120,000 reales.
- 4.º—Otras dos redondas y pequeñas en 56,000 reales.
- 5.º—Seis taburetes á 12,000 reales cada uno.
- 6.º—Dos sillones en 32,000 reales.
- 7.º—Cuatro grandes copas, cuyo precio varia desde 200,000 á 320,000 reales cada pieza. La que representa el grabado que damos en este número, ha costado la última cantidad.
- 8.º—Veinte y dos piés para estantes de biblioteca.
- 9.º—Doce piés esculpidos, para mesas de escritorio.
- 10.—Tres pedestales, de los que dos tienen el busto de Pedro el Grande, y el tercero el de Carlos XII: precio de cada uno 4,000 reales.
- 11.—Una péndola en 23,600 reales.
- 12.—Dos caballos, retratos de los del baron Klott, tasados en 14,200 reales.
- 13.—Y muchos pedazos de malaquita en bruto, mezclados con fragmentos de oro puro y de plata, para que sirviesen de muestras de las riquezas mineralógicas del príncipe.

DIAMANTE AZUL.

Las piedras preciosas son cristalizaciones poligonales que se pulimentan á fuerza de trabajo, pero adquieren después un resplandor luminoso y vivo. Su base es una materia dura, y sus colores dependen de las partes metálicas que se infiltran en ellos al formarse.

La mas estimada de todas las piedras finas es el diamante blanco: se llama de *primera agua* el que no presenta la menor mancha, y cuando tiene alguna recibe la denominacion de *segunda* ó de *tercera agua*.

Se encuentran hermosos diamantes amarillos, colorados, verdes y azules: el que presentamos en grabado es de este último color, y es muy apreciado por su rareza y tamaño: pesa 177 quilates y medio, ó 710 granos, y figura entre los diamantes mas gruesos conocidos, á saber, entre el del Gran Mogol y el del Gran duque de Toscana, que pesan, el primero 279 quilates y el segundo 139: este enorme é inapreciable objeto procede de la sucesion de M. Domitrovich-Luckmanoff, consejero del colegio de Siberia, y pertenece á M. Benzenson.

VELADOR.

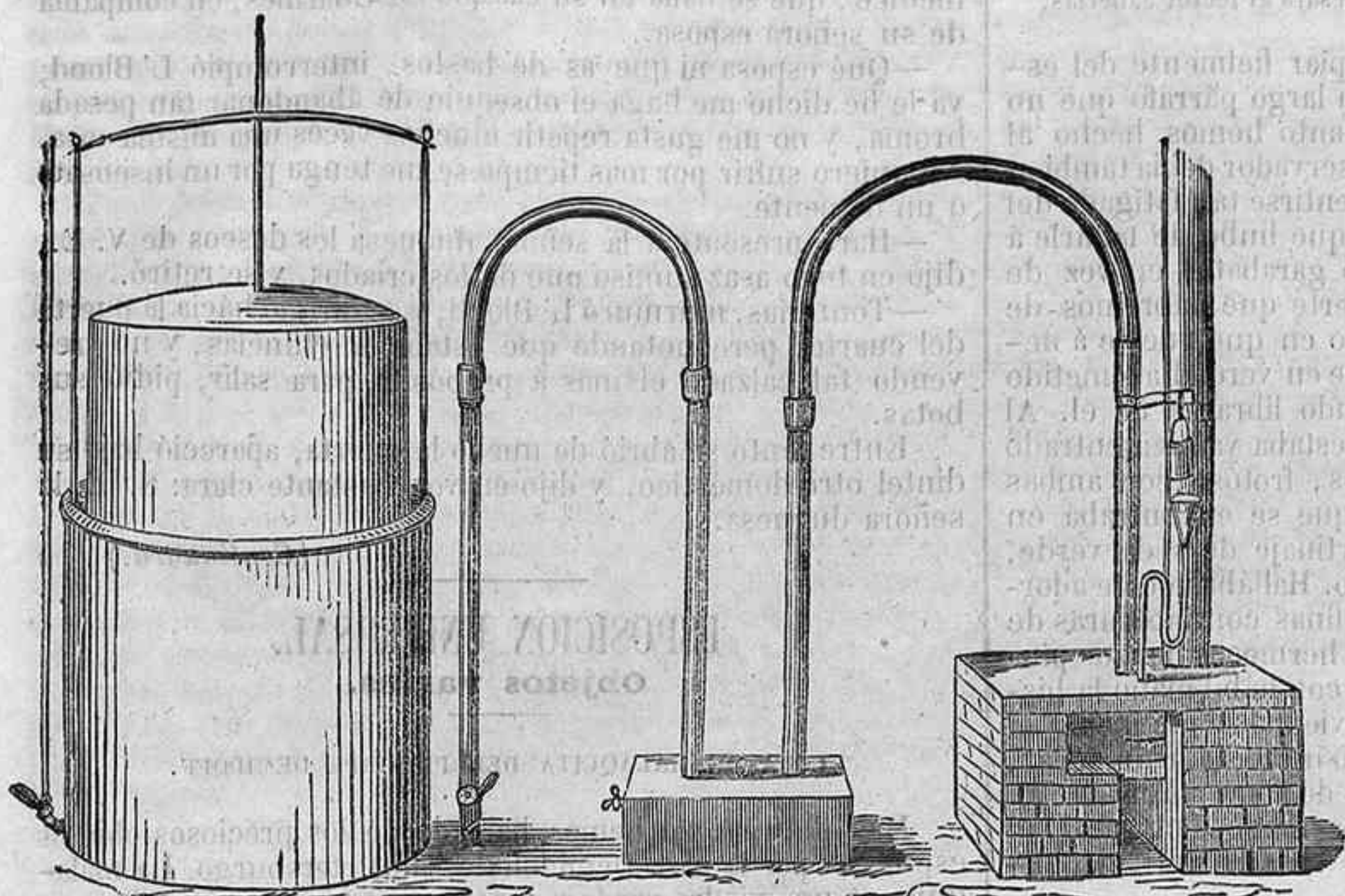
Este objeto es una verdadera obra maestra, que ha agradado estraordinariamente á cuantos lo han examinado. Su autor descende, si no estamos mal informados, de la Suiza francesa, y debemos añadir que sus finísimos trabajos hacen que su nombre sea apreciado en sus dos patrias.

EL AMOR.

Vasos etruscos de gran mérito por sus magníficos adornos son las principales obras de la casa Joshua Wedgwood. El modelo intitulado *El Amor*, es y será eternamente una creacion bellísima. Una de las cualidades que mas distinguen á los diseñadores de esta clase de modelos, consiste en haber reproducido en ellos toda la pureza de las líneas de Flaxmann.

PÓRTICO DE PORCELANA DE SEVRES.

Un favor especial prorogó, respecto á esta magnífica muestra de la industria francesa, el plazo de su admision en el Palacio de Cristal. La gran fábrica de Sevres no necesitaba presentar tan hermoso modelo para atestiguar su superioridad bien conocida en cuanto á la fabricacion de obras de porcelana.



Gasómetro portátil.

SERVICIO DE MESA.

Los objetos de plata que representa este grabado han llamado justamente la atención de los inteligentes, por la perfección y finura con que están ejecutados. Sus adornos son sencillos y de buen gusto, y aumenta la elegancia de sus formas el bien acabado plato ó azafate con piés en que todos se hallan colocados, á escepcion de la jarra.

COPA DE MARFIL.

Este vaso, que forma parte de la colección de M. Hemphill, de Cloumell, es de marfil, y se ha trabajado con arreglo al estilo de la reina Isabel. Tiene cuatro pulgadas de diámetro y cinco de altura. Es un verdadero prodigio de buen gusto, de finura y de elegancia.

INSTRUMENTOS DE AGRICULTURA.

Carreta. (Fig. 1.^a)—La inovacion hecha en este objeto es sumamente importante, y á la simple vista se conoce que por su ligereza es mucho más manejable que las que generalmente se usan.

Máquina de vapor. (Fig. 2.^a)—Tiene la fuerza de tres caballos, y es tan sencilla, que un niño puede conducirla: no hay peligro en su uso, y consume al día ocho reales de carbon de piedra.

Rastrillo de hierro. (Fig. 3.^a)—Está muy en boga en Inglaterra, y pronto se generalizará su uso.

Azadon. (Fig 4.^a)—Se emplea con buen éxito en las tierras blandas.

Carreta á brazo. (Fig. 5.^a)—Los agricultores se valen muchas veces de esta máquina para dar mas fuerza á la fertilidad del suelo, mezclando tierra vegetal con la superficial.

FRASCOS.

El cristal se prestará siempre á las combinaciones mas favorables, al resplandor de esos objetos elegantes que adornan los retratos y los salones. La Bohemia ha perfeccionado el trabajo sobre el cristal hasta el punto de hacer que robe al diamante sus mas puras aguas.

Presentamos los grabados de tres frascos como muestras de cristal de roca elaborado por la casa de M. Summerfield, muy afamada en este género de trabajos.

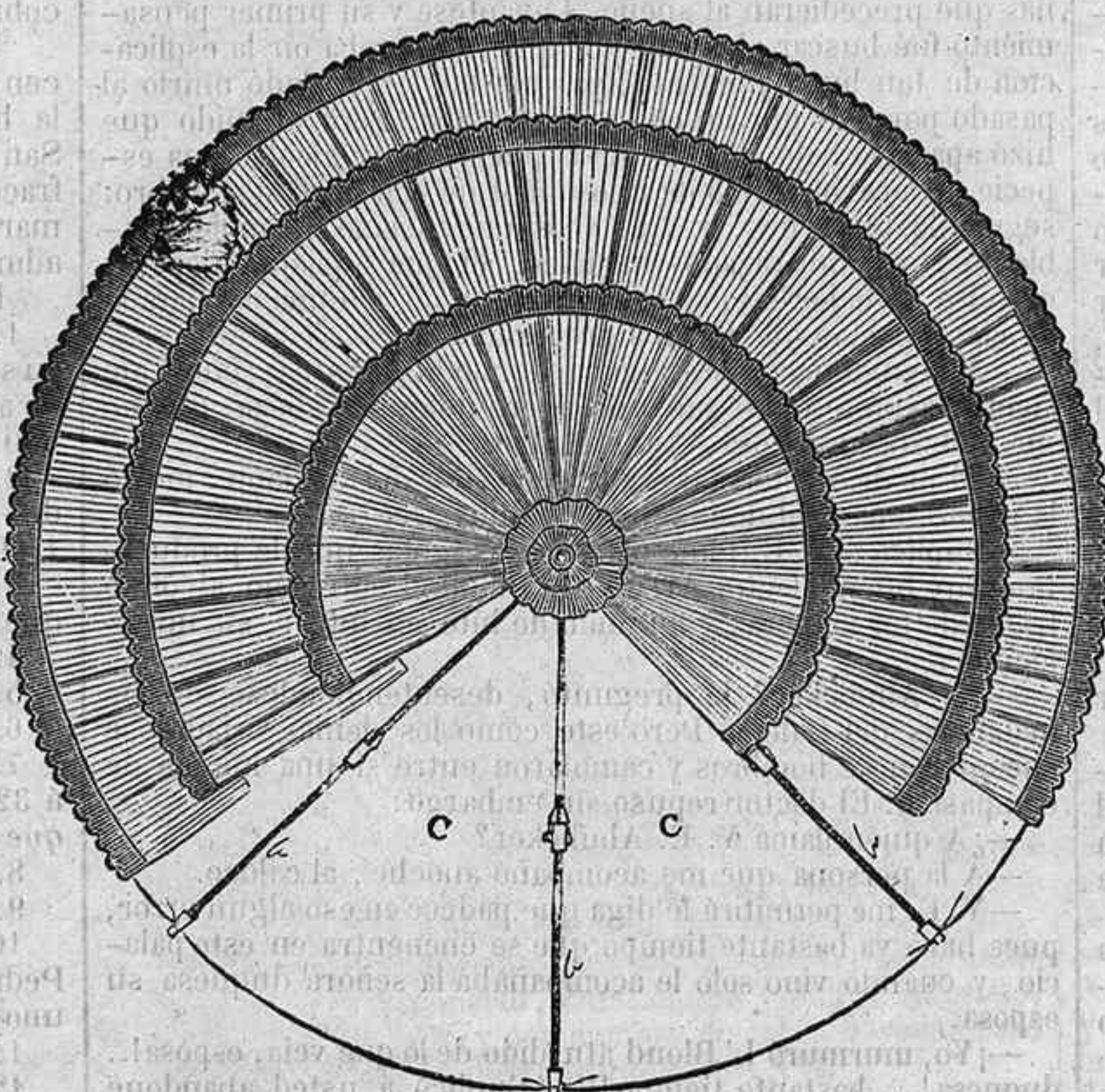
Debemos añadir que en el palacio de Hyde-Park se han visto minerales trabajados con esquisito esmero. Este arte data desde mediados del siglo pasado: en 1740 fué importado á Francia por Bucher, hijo de esa Bohemia donde se fabrican dichas obras maestras que escitan justamente la admiración general.

TAPIZ.

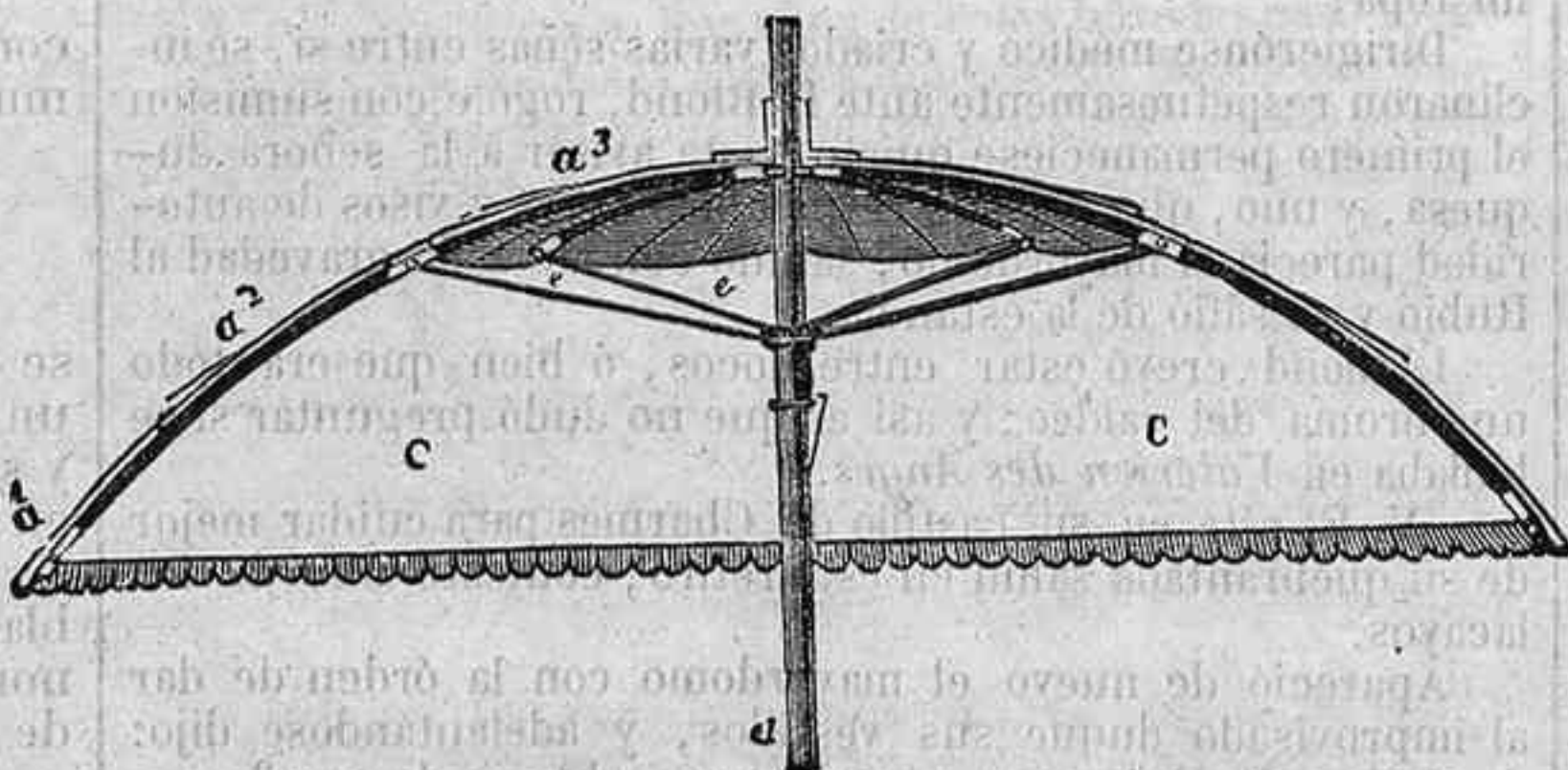
Lo mas notable que hallamos en esta obra es la sencillez del dibujo. El fondo, segun se ve, aparece ricamente trabajado, y en cuanto á la ejecución, nadie ignora que la casa Watson, Bak y compañía, es uno de los mejores establecimientos de tapicería de la Gran Bretaña.

Los tapices ingleses han adquirido mucha fama en todas partes, y entre ellos se cita el famoso de Oxminster, destinado al salon mas grande del palacio de Windsor.

Otro de los productos mas interesantes es el tapiz alemán, de lana, fabricado en obsequio de la reina, por la señora del



Dibujo de un paraguas.



Bomba.

lord corregidor, y por otras ciento cincuenta damas de la alta sociedad inglesa.

GASÓMETRO PORTÁTIL.

Uno de los medios mas costosos y mas difíciles de resolver para el alumbrado, es el que se obtiene por medio del gas. Nadie ignora los grandes gastos que se han hecho en ensayos y experimentos, y en verdad que respecto á este punto debemos admirarnos de los adelantos de la ciencia.

Se usan hoy generalmente muchos aparatos de gas. Nosotros conocemos uno que merece la preferencia, porque nada tiene de complicado su mecanismo.

MM. Key y Mitchell han inventado otro sumamente sencillo, que ocupa un espacio reducido y cuesta unos 1,000 ó 1,100 reales. El grabado que presentamos da una idea perfecta de él: un horno, un recipiente y un purificador, enlazados por tubos para la circulación del gas, componen este objeto utilísimo.

BOMBA.

La bomba cuyo dibujo ofrecemos, es sumamente sencilla. El objeto despedido por esta máquina puesta en movimiento, se eleva á sesenta piés, y por consiguiente puede servir con reconocidas ventajas en los incendios, así como para regar jardines, prados, etc. Su construcción permite que se hagan en ella los reparos necesarios á poco coste.

Entre catorce modelos de bombas que se han presentado al gobierno americano, esté es el que ha obtenido la preferencia.

DIBUJO DE UN PARAGUAS.

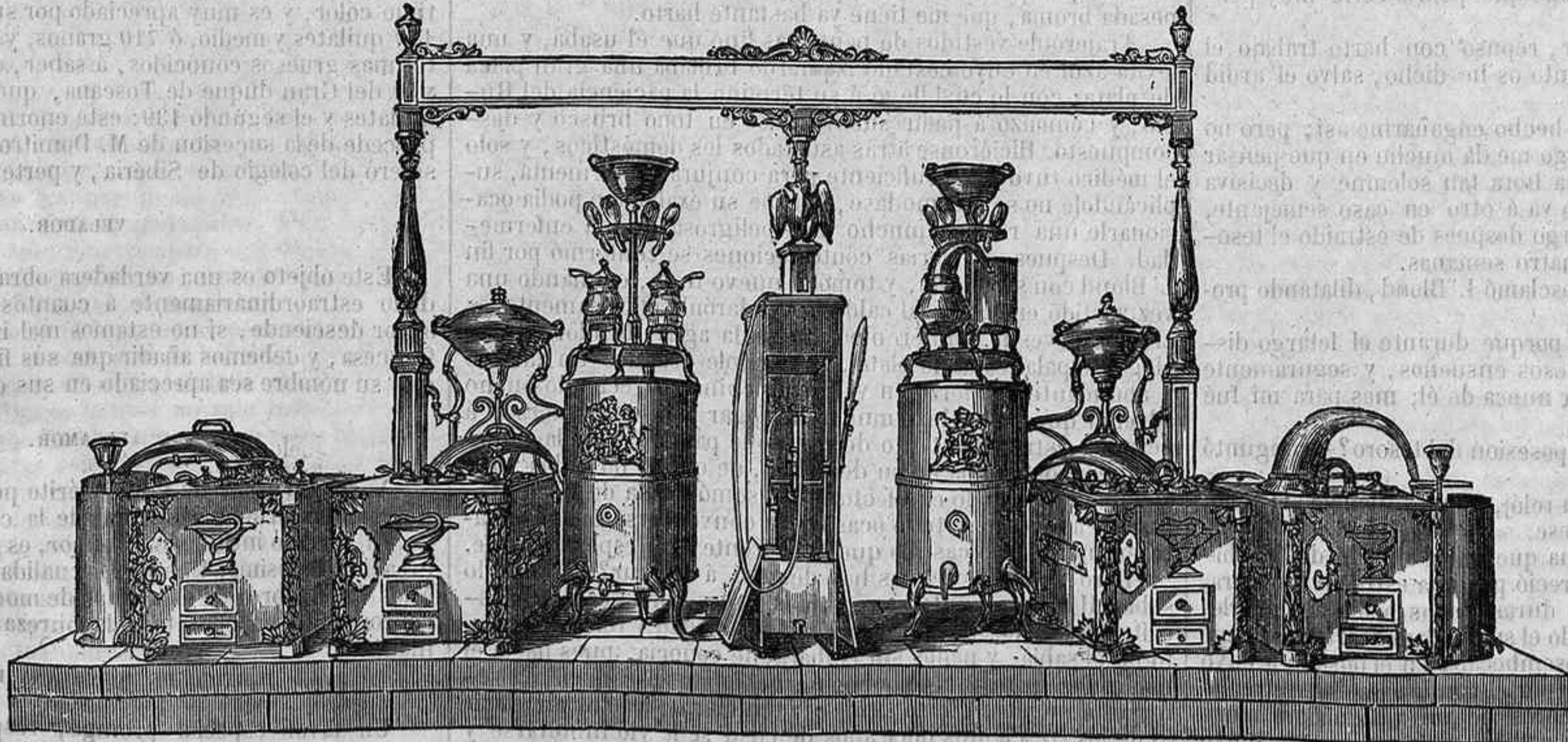
Todos comprendemos la utilidad de este mueble, que corresponde á la vida privada, como uno de los objetos indispensables para toda clase de personas. Mucho incomoda llevarlo, pero no hay quien niegue la necesidad absoluta que tenemos de este mueble.

El paraguas egoista está de moda: sus dimensiones son reducidas, basta con que pueda cubrir un sombrero. Esto no obstante, M. Hargrave se ha rebelado contra la moda, y ha devuelto al paraguas sus ordinarias y regulares dimensiones. Su mecanismo consiste en que puede disminuirse ó aumentarse, segun se quiera, el diámetro de este objeto, lo cual se consigue por medio de ballenas móviles que se doblan perfectamente. Nuestros grabados indican la sencillez de esta operacion.

APARATO FARMACÉUTICO.

El profesor Geiger ha inventado el aparato de vapor farmacéutico que se ha adoptado generalmente por su reconocida utilidad, aunque es sumamente caro. Despues de muchos ensayos se ha conseguido simplificarlo, y hoy cuesta ya mucho menos. En muchos estados de Alemania se ha prevenido que por su medio se preparen todos los medicamentos.

Todos los alambiques están trabajados con esquisita perfección, y los diversos objetos se han examinado detenidamente por una junta de profesores, que han dado un informe en alto grado favorable al aparato.



Aparato farmacéutico.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.